RICARDO J. CATARINEU Y JOSE PABLO RIVAS

EL RINCÓN DE LA DICHA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

HERMANN SUDERMANN

(TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN)

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Nuñez de Balboa, 12
1904

EL RINCÓN DE LA DICHA

RICARDO J. CATARINEU Y JOSÉ PABLO RIVAS

EL RINCÓN DE LA DICHA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

HERMANN SUDERMANN

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA PRINCESA LA NOCHE
DEL 29 DE ENERO DE 1904

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Nuñez de Balboa, 12
1904

A JOSÉ MARÍA JORDÁ

BRILLANTE PERIODISTA Y APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO

Ningún nombre más digno que el de Vd. de figurar á la cabeza de esta traducción, de Vd., que con tanta nobleza como desinterés nos cedió todos los derechos que á ella tenía, declinando en nosotros el honor de dar á conocer al público, por vez primera, en castellano, una de las obras más hermosas del genial dramaturgo berlinés. Por ello han de estarle eternamente reconocidos sus verdaderos amigos

LOS TRADUCTORES.

PERSONAJES

Wiedemann, maestro de una escuela municipal *(cuarenta y cinco años)*.....	**Sr. Amato.**
Isabel, su segunda mujer *(veintiocho años)*.....	**Sra. María Tubau.**
Elena *(diez y seis años)*.....	**Srta. Carbone (M.)**
Federico *(trece años)*.....	**Niño de la Rosa.**
Emilio *(doce años)*.....	**Niña Barbero.**
Hijos de su primer matrimonio).	
El barón Röcknitz de Witzlingen *(treinta y tres años)*.....	**Sr. González.**
Bettina, su mujer *(veintisiete años)*.....	**Sra. París.**
El doctor Orb, inspector de Escuelas de la provincia *(sesenta años)*.....	**Sr. Villanova.**
La señora Orb.....	**Sra. Valls.**
Dangel, pasante de la Escuela.....	**Sr. Monteagudo.**
La señorita Göhre, maestra.....	**Srta. Carbone (A.)**
Rosa, criada de Wiedemann.....	**Srta. Emo.**

La acción en una población de tercer orden en la Alemania del Norte.--Epoca presente.

EL RINCON DE LA DICHA

ACTO PRIMERO

EL PATIO DE LA CASA DEL MAESTRO

A la izquierda un ala rectangular de la casa.—Al otro lado una veranda.—En frente un gran tilo, á cuya sombra se ve una mesa enmantelada, con algunas sillas.—A la derecha la fachada de la escuela; delante utensilios de gimnasia esparcidos por el patio, pero cercados por una empalizada con una puerta.—En el fondo la cuadra con apero, carros, etc., etc.—Una puerta de estacas lleva á la calle.

ESCENA PRIMERA

(A la izquierda, alrededor de la mesa, están Isabel y Elena ocupadas en labores de su sexo. Isabel borda. Elena hace media. De la escuela sale un canto de niños, á dos voces, acompañado por un violín y de una vibrante y poderosa voz de hombre.)

ELENA. ¡Qué bien canta hoy papá!

ISABEL. Ya, ya, hija mía.

ELENA. ¡Hace ya algún tiempo que hay algo tan alegre en su voz.. Es como si quisiera darle gracias á Dios por algún beneficio recibido. (*Tiernamente.*) Y yo sé por qué... Mamita, no me riñas, se me ha caido el ovillo.

ISABEL. Yo te lo buscaré, hija mía. *(Dejando su trabajo.)*

ELENA. Siempre que busco alguna cosa por el suelo, acabo por encontrarla, pero siento una sensación tan rara de aspereza... Gracias, gracias, mamita. ¿Por qué no siguen cantando?

ISABEL. Ya sabes que hoy quiere enseñar las notas á los parvulitos.

ELENA. ¡Ah! Sí, es verdad. Dangel quería enseñármelas á mí también, pero no llegué á entenderlas. Cuando niña era yo tan torpe... Me imaginaba que las notas eran unos ángeles muy chicos y muy regordetes que estaban sentados en un seto muy largo sacudiendo las alas... Las fusas muy aprisa y las semifusas muy despacio... ¡Y qué cosa tan particular! Aún sigo creyendo lo mismo... No le he dado pocas molestias al pobre Dangel... La verdad es que él lo hacía muy gustoso, porque como quiere ser maestro de ciegos, se ejercitaba así conmigo... Mamá, ayer llevaba una levita que lo envolvía como una nube... ¿No oyes, mamá?

ISABEL. ¿Qué, hija mía?

ELENA. Papá ríe... Papá está muy contento... ¿No sabes por qué? Adivina.

ISABEL. *(Riendo.)* Porque... porque su colza prospera que da gusto.

ELENA. No.

ISABEL. Porque ha ganado el primer premio en la exposición de abejas.

ELENA. Tampoco.

ISABEL. *(Riéndose.)* Pues, no lo sé.

ELENA. Porque te tiene á tí... Porque te tiene á tí... Y yo también estoy tan contenta porque te tengo á tí... Desde que estás con nosotros, y hace ya tres años, parece que hay siempre un arpa en la casa... Cada rincón, cada sitio resuenan tan dulcemente... ¡Ah! cuando pienso en nuestra vida de antes... Los chicos díscolos, mal educados. Papá siempre de

un humor terrible, y yo estorbando á todo el mundo... Un empellón por aquí, otro empellón por allá... Y ahora, qué buenos son mis hermanos conmigo... Mi primera mamá estaba siempre tan triste... Siempre estaba compadeciéndome ante los extraños... Y esto, ¡me hacía tanto daño!

ISABEL. No pienses más en eso, niña. ¡Hace ya tanto tiempo que pasó!

ELENA. ¡Ah! Si tú no hubieras venido... Si tú no... (*Se oye rumor de voces y de pasos hacia la derecha.*)

ISABEL. Oye, oye. ¿No es en la clase de Dangel?

ELENA. (*Asintiendo con la cabeza.*) Mamita.. ¿Crees que vendrá á despedirse de nosotros?

ISABEL. Lo hace siempre, hija mía...

ELENA. ¿No oyes? Viene. Sus pasos resuenan de un modo tan especial...

ESCENA II

DICHOS Y DANGEL

(Barba rubia. Aspecto juveni'. Es algo asmático y lleva una levita algo estrecha.)

DANGEL. ¡Buenos días, maestra! Quería únicamente...

ISABEL. ¿Le pesa á usted hoy su dura labor, Dangel?

DANGEL. Nunca me ha pesado, señora. Cuando pienso en lo poco que hacemos y...

ELENA. (*Interrumpiéndole.*) Y en lo mucho que hizo Jesús. ¿No es cierto?

ISABEL. Cada cual tiene su círculo de acción, Dangel.

DANGEL. Sí, y uno puede pensar, á veces, quizás no estás en él.

ISABEL. Ahora va á tener uno muy pesado.

ELENA. (*Vivamente.*) ¿Cuándo se va usted, Dangel?

DANGEL. No lo sé, señorita Elena. Me he dirigido al señor inspector de escuelas diciéndole que estoy resuel-

to á entrar en el Instituto de ciegos, y pronto á sufrir el examen correspondiente.

ISABEL. ¿De modo que ha conseguido usted lo que quería?

DANGEL. Siempre consigo lo que me propongo, señora.

ISABEL. *(Amenazándole con la mano.)* ¡Cuidado, Dangel! No sea usted soberbio.

DANGEL. ¡Ah!, maestra, usted es para mí una amiga tan respetable, tan maternal.

ELENA. ¡Vamos, Dangel! Mamá es demasiado joven para tener un hijo tan grande como usted.

ISABEL. No importa, deme usted ese nombre tan dulce, Dangel.

DANGEL. Pero usted no debía humillarme siempre como lo hace.

ISABEL. *(Tranquilamente, casi serena.)* Cuando nadie nos humilla, la vida se encarga de ello, amigo mío.

DANGEL. Me dice usted eso con una amargura...

ISABEL. ¿Amargura, porqué? Lo digo porque así es.

ELENA. *(Escuchando.)* Mamá. *(Señala hacia la izquierda.)*

ISABEL. ¿Quién viene?

ELENA. El señor inspector de escuelas.

ISABEL. ¿También conoces sus pasos?

ELENA. Los de todos, mamá.

DANGEL. Me voy entonces, maestra. *(Va á salir apresuradamente.)*

ESCENA III

DICHOS, EL DOCTOR ORB

ORB. *(Benévolamente.)* ¡Hola, hola, amigo mío! ¿Soy tan temible que mi sola presencia le hace á usted huir?

DANGEL. ¡Oh! Temible de ningún modo, señor inspector.

ORB. Pero odiado, sí. ¿No es cierto? *(Dangel no le contesta, confuso y embarazado.)*

ISABEL. *(Acudiendo en su ayuda.)* No es extraño el temor

en los pobres ante un hombre tan importante como usted, señor inspector. Buenos días, ante todo. (*Le tiende la mano.*)

ORB. Buenos días, señora maestra... Buenos días, señorita Ele,.. ¡Calle! Otra que huye de mí.

ISABEL. (*Riendo.*) Esa huye de sí misma.

ORB. ¡La pobre niña! Ya hablaremos de sus planes filantrópicos sobre los ciegos, amigo mío. De un momento á otro espero el acuerdo del Instituto. (*Le tiende la mano.*)

DANGEL Sería tan dichoso si...

ORB. (*Severamente.*) Como le he dicho, ya hablaremos (*Dangel se inclina y sale.*)

ESCENA IV

ISABEL, DOCTOR ORB.

ORB. Al ver el ardor de ese joven, se me ocurre una idea: ¿Está enamorado de Elena?

ISABEL. (*Secamente.*) Quizás.

ORB. ¡Hum! (*Se sienta.*) ¿Y usted lo consiente?

ISABEL Sí.

ORB. ¡Hum! Es imprudente.

ISABEL. O no. Pero dejemos eso. La decisión de este asunto pertenece al tiempo. Entretanto, las mismas partes interesadas no saben nada de lo que les reserva lo porvenir.

ORB. ¿Sabe usted, maestra, que la admiro?

ISABEL. Eso no pasa de ser una nueva galantería de usted.

ORB. Tan tranquila... Tan reflexiva... Tan dueña de sus actos... Lo único que no me explico es que se considere usted venturosa en este obscuro rincón, donde es una verdadera lástima que usted...

ISABEL. ¿No quería usted hablar con mi marido?

ORB. Sí, pero veo con asombro que aún dura la clase. (*Consultando su reloj.*) Las cuatro y media. ¿Están castigados los chicos?

ISABEL. No; mi marido gracias á Dios, tiene poco que castigar.

ORB. Es muy bondadoso; ya lo sé... Y eso me ha sorprendido... Es un hombre muy singular. ¿Por qué ha de ser un vencido un hombre que como uno cualquiera de nosotros, á más altos destinos estaba llamado? Aprobar á tantos en los exámenes de Filosofía y Letras que no le son superiores por la inteligencia, y mostrarse tan severos con él. Y tener que contentarse aún con este puesto de ínfima categoría. ¡Lástima, como acabo de decir, lástima grande

ISABEL. ¿Cree usted, señor inspector, que me complace oir hablar así de mi marido?

ORB. Al contrario; nosotros, puesto que somos sus mejores, sus más benévolos amigos, debemos hablar de su dicha.

ISABEL. De su dicha, sí... de sus defectos, no.

ORB. Y cuando uno se refiere á su dicha, lo primero que hay que hacer es hablar de usted.

ISABEL. Es usted muy bueno, señor inspector.

ORB. Nosotros seguimos una serie de existencias al través de las diversas fases de nuestro desarrollo.. Yo hace poco que estoy aquí... ¿Le conocia usted ya cuando era preceptor en la casa de Wislingen?

ISABEL. No,

ORB. Pero usted le conoció en el palacio de Wislingen.

ISABEL. Ciertamente. Quince años más tarde. De modo que su discípulo tuvo tiempo de hacerse hombre y de casarse; así es que ya lo estaba cuando yo entré como amiga de la señora de Röcknitz en el palacio de Wislingen.

ORB Perfectamente. Por lo demás tengo en muy alta estima al señor Barón, de cuya influyente y brillante personalidad he oido hablar tantas veces aunque nunca lo hubiese creído capaz de ciertos respetuosos miramientos.

ISABEL. ¿Qué quiere usted decir?

ORB. Que ha sido fiel en el trato con su antigue preceptor... Costumbres no son éstas de los grandes señores... Pero usted, amiga mía, usted, acostumbrada al brillo, á la atmósfera culta y refinada de la casa Röcknitz, ¿cómo ha podido usted?..

ISABEL. *(Levantándose.)* Espero, señor inspector, que no echará usted de menos en esta casa ni la distinción, ni la cultura. *(Se oye hacia la izquierda el estrépito que arman los chicos al abandonar la escuela.)*

ORB. Nunca lo he puesto en duda... Querrá decir únicamente...

ISABEL. Dispénseme usted... Mi marido...

ESCENA V

DICHOS Y WIEDEMANN. *(Con varios cuadernos debajo del brazo.)*

WIEDEMANN. ¡Ah! Señor inspector... Si esto no hubiese sido una sorpreaa... Si yo hubiera sospechado su venida habría hecho cantar á los chicos el cántico final.

ISABEL. *(Dirigiéndose á él, en actitud de irse.)* ¿Quiere usted tomar una taza de café, señor inspector?

ORB. Con mucho gusto... Ya sabe usted cuán severamente procedo... Pero ya que estoy aquí fuera de servicio, puedo en vez del cántico final... *(Se inclina.)*

WIEDEMANN. Permítame usted, señor inspector; les hago cantar todos los días, sino que hoy...

ISABEL. *(Acariciando la mano de su marido.)* Supongo que no le costará la cabeza, señor inspector...

ORB. *(Que se vuelve á ella riéndose.)* ¡Oh! no.

ISABEL. ¿Quieres que me lleve los cuadernos?

WIEDEMANN. Ya que eres tan buena...

ISABEL. Hasta ahora. *(Se va por la veranda.)*

ORB. *(Sentándose en cuanto ella ha desaparecido.)* Per-

mítame usted, mi querido compañero, que aproveche esta ocasión para hacerle una amistosa advertencia que ya debía de haberle hecho, acerca de su celo excesivo.

WIEDEMANN. ¡Cómo! ¿He faltado en algo?

ORB. No... No... Entiéndame usted bien. Se puede llevar también demasiado lejos la bondad... Cuatro horas es el tiempo marcado para la clase... Los chicos hacen falta en sus casas... El camino; á veces, es muy largo... El superintendente me decia hace poco: los alumnos de Wiedemann trabajan demasiado.

WIEDEMANN. ¿Es ese el concepto que el señor superintendente tiene formado de mí?

ORB. Así dijo.

WIEDEMANN. Yo soy un padre para mis discípulos, señor inspector. *(En este momento Emilio y Federico van á salir de la escuela, pero al notar la presencia del inspector, llenos de turbación, tratan de volver á entrar)*

ESCENA VI

DICHOS, EMILIO, FEDERICO.

WIEDEMANN. Todo el mundo lo sabe... Mire usted, ahí vienen mis hijos... Acercáos, hijos míos; el señor inspector no va á regañaros. *(Bajando la voz.)* Mire usted, que uno ame la carne de su carne y la sangre de su sangre por encima de todo, nada tiene de extraño... Y el que le diga á usted lo contrario es un farsante; pero pregunte usted en la clase desde el primero hasta el último banco si todos los escolares no se llevan la convicción de que todos están cerca de mi alma como mis propios hijos.

ORB. ¡Oh! Estoy convencido... estoy convencido... Pues

no faltaba más... Buenas tardes, muchachos... ¿Se estudia mucho?

FEDERICO. Sí señor; ahora aprendo el griego.

ORB. ¡Vaya!

FEDERICO. Para el día de San Miguel sabré ya los verbos.

ORB. ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Y tú, qué sabes?

EMILIO. Lo que aprende Federico, lo aprendo yo todos los días.

ORB. Muy bien hecho, hijo mío. ¿Y cuándo ireis al Instituto?

FEDERICO. Papá dice que todavía no lo sabe.

WIEDEMANN. Quiero instruirles yo mismo en la segunda enseñanza, señor inspector... Han estado tanto tiempo sin madre, sin su cariñosa y dulce influencia... que me cuesta mucho trabajo el arrancarlos de pronto de mi casa... Ahora precisamente que han hallado una... Tiene el señor inspector en ellos unos humildes servidores.

FEDERICO. Papá, ¿nos dejas ir á la feria?

WIEDEMANN. Qué, ¿hay algo de nuevo?

EMILIO. Sí, papá, ha venido un hombre con un camello.

WIEDEMANN. Pedidle permiso á vuestra madre.

ESCENA VII

WIEDEMANN, ORB, despues ISABEL.

ORB. Se ve que lleva usted magnífica vida, amigo mío... Estar en posición de mandar dos hijos nada menos al Instituto. ¡Qué pocos maestros pueden decir otro tanto!

WIEDEMANN. Si he de ser á usted franco, señor inspector, el bienestar que nota usted aquí se lo debemos á la tierra que ahora nos dedicamos á cultivar. Antes la daba yo en arrendamiento, pero mi mujer, que se ha criado entre agricultores, deseaba

ardientemente consagrarse á la agricultura, y bajo sus hábiles manos prosperan los cultivos que es una bendición.

ORB. Todo está muy bien; es muy hermoso y le felicito de todo corazon; pero mi querido compañero, ¿no se siente usted... suplantado?

WIEDEMANN. ¡Cómo!... ¿Qué?...

ORB. Quiero decir, que un hombre no debe compartir sus deberes con nadie... El mismo debe..

WIEDEMANN. Pero yo...

ISABEL. *(Con la bandeja del café, sale por la puerta de la casa y dice con serenidad reflexiva.)* Señor inspector, ¿vuelve usted á regañar?

WIEDEMANN. ¡Isabel!

ORB. ¡Hum! ¡Hum!

ISABEL. Le ruego á usted, mi querido señor inspector, que deje á mi marido en paz... Cumple con su deber.

WIEDEMANN. Es cierto que cumplo con mi deber, pero no eres tú quien debe decirlo, Isabel.

ISABEL. ¿Café?

ORB. Muchas gracias. *(Se sirven. Isabel se va.)*

WIEDEMANN. Le suplico á usted encarecidamente, señor inspector, que no haga caso de mi mujer. Ella no sabe todavía cómo..

ORB. ¿Fuma usted?

WIEDEMANN. No. Pero crea usted... *(Va á levantarse)*

ORB. Un momento... Tengo aún que decirle algo... de que no tenemos más remedio que hablar, amigo mío... Su mujer de usted es muy conocida y apreciada en la casa de Wislingen, por lo que he oido decir, pues no tengo el honor de tratar á dichos señores, á no ser que usted me lo proporcione si se presenta una ocasión oportuna. ¿Sigue usted en buenas relaciones con él?

WIEDEMANN. ¿Qué quiere usted decir?

ORB ¿Sigue visitándole á usted?

WIEDEMANN. El señor barón hace ya tiempo que no ha estado en esta casa.
¿No vendrá mañana á la feria de ganado? Me parece que sí.

WIEDEMANN. Es posible... casi, casi seguro. La verdad es que no lo sé.

ORB. ¿Qué quería yo decirle á usted ahora? ¡Ah! Sí; su mujer de usted ha salido del palacio de Wislingen con cierto tonillo desdeñoso que, francamente, no cuadra con su humilde posición actual... Se escucha á sí misma... Esto no está bien. No es que le haga á usted ningún reproche... Esto no tiene nada que ver, ¡gracias á Dios! con la enseñanza (*mirando á su alrededor*); pero, dígame usted, amigo mío, cómo se le pasó á usted por las mientes el elegir por esposa á una muchacha de tales pretensiones, que desempeñaba en la sociedad un papel tan brillante?... La verdad es que es algo enigmático... ¿Cómo fué eso? ¿Cómo tuvo usted valor? ¿Acaso?...

WIEDEMANN. Señor inspector, como esa pregunta no tiene nada que ver con el servicio...

ORB. Pero, mi querido amigo, por el único interés del prójimo uno puede...

ISABEL. (*Que ha estado escuchando momentos antes detrás de la puerta.*) Señor inspector, permítame que yo le conteste en lugar de mi marido, ya que usted parece sentir por nosotros un interés tan particular... Oiga usted... Yo era huérfana y pobre. Gemía bajo el poder, no muy piadoso, de unos parientes acomodados desde los doce años... Y erraba de aquí para allá; ¡pobre cosa sin dueño! ¡Ah! Con qué rabioso ahinco llegué á suspirar por un amo. Tan cansada y maltrecha me sentía que no deseaba sino un rincón obscuro donde poder servir y trabajar. Y si hubiese tenido que robar mi dicha y arrancár-

sela al mismo cielo, me habría arrastrado, secretamente, hasta mi rincón y allí, me hubiera acurrucado como la urraca cuando esconde el objeto que acaba de robar. Y aunque hubies yo robado cien mil veces mi escasa porción de dicha, y cien mil veces no me perteneciera, aquí estoy vigilante y solícita tendiéndole mis brazos protectores, y el que la toque ha de pasar por encima de mí. Sí, señor inspector, y si quiere usted saber algo más, pregunte, pregunte, que aquí estoy para contestarle.

ORB. Pero, mi querida amiga, no sé por qué se excita usted de esa manera.

ISABEL. No, si no me excito.

ORB. Yo vengo aquí como un cordial y cariñoso amigo, y no hay nada que me complazca tanto como ser testigo de su felicidad. (*Coge su sombrero y su bastón.*)

ISABEL. ¿Ya se va usted?

ORB. Tengo mucho que hacer. Mi querido maestro, le abandono á usted lleno de admiración, (*Con una leve punta de ironía*), y si no fuera yo un buen padre de familia, creo que le envidiaría. (*Se inclina. Wiedemann le acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA VIII

ISABEL Y WIEDEMANN (*Isabel recorre la escena, pensativa.*)

WIEDEMANN. (*Volviendo de acompañar á Orb y echándose como agobiado en una silla.*)

ISABEL. ¿Qué tienes, Jorge? No sé cómo te veo. ¿Quieres tomar algo? (*El dice que no con la cabeza, ella permanece de pie á su lado acariciándole los cabellos.*) Deberían dejarnos en paz. ¿Qué pretenden de nosotros? No hacemos daño á nadie. ¡Que nos dejen en paz!

WIEDEMANN. No; sucede lo que debe suceder.

ISABEL. ¿Qué sucede, y por qué?

WIEDEMANN. (*Sacude tristemente la cabeza.*)

ISABEL. ¡Habla, por Dios, Jorge!

WIEDEMANN. Nos envidian.

ISABEL. ¿Qué pueden envidiarnos?

WIEDEMANN. Nuestra felicidad.

ISABEL. (*Pensativa.*) ¿Nuestra felicidad?

WIEDEMANN. No, no; perdóname... La mía quise decir, la mía... pues tú... En fin, gracias por todo, pues nos has defendido á los dos valerosamente... Y eso, que por más que te esfuerces por convencerte á tí misma de lo contrario, tú piensas lo mismo que él... Sí, sí, porque tu vida aquí entre nosotros, debe de ser para tí como un castigo... Así lo ha dicho, al menos, el que acaba de salir... ¡Ah!, cómo has de burlarte interiormente.

ISABEL. Ya sabes que nunca me burlo.

WIEDEMANN. Todos me dicen: pero, ¿cómo pudiste atreverte? Y mira tú, Isabel, yo no me hubiera nunca atrevido, porque en definitiva, ¿quién era yo?... el último candidato, el maestro de escuela, el viudo pobre y con tres hijos... y uno de ellos ciego, para mayor desdicha. Te hubiera contemplado en tu altura, con tus hermosos ojos melancólicos... Apenas era yo tolerado entre los huéspedes de Wilztingen...Ojalá no hubiese yo entrado aquella noche en el jardín del palacio, donde te encontré llorando, detrás de la gruta de Neptuno y donde me hablaste de tu desamparo...

ISABEL. ¡Cuánto valor me infundiste con tus palabras! ¡Qué bueno eres!

WIEDEMANN. ¿Ves? En aquel momento me creí con valor para ello... pues uno se agarra fuertemente á la dicha, cuando á toda clase de desdichas está acostumbrado... Pero yo no tenía la esperanza de que fuera para siempre... Dure lo que dure, de-

cíame para mis adentros... Ella necesita ayuda... Ha de recobrar sus fuerzas en la tranquilidad, y debe en nombre de Dios pisar los umbrales de mi casa con sus pies delicados y divinos... Tan grande ventura debe de bastar para toda la vida... Y ya lo ves, hace tres años que dura... Y cada día que pasa es como un nuevo atentado contra tí...

ISABEL. Mira, Jorge, todos cometeis el mismo error. tú, y todos los de aquí,—hasta ese escudriñador de vidas ajenas que acaba de salir—de tenerme por un ser superior, por una criatura extraordinaria... Y no hay nada de eso... No soy ninguna princesa destronada... Soy una pobre y vulgar hija de los hombres... Y donde antes vivía, bien lo saben.

WIEDEMANN. Te equivocas; todos estaban locos por tí, hombres y mujeres.

ISABEL. *(Con amarga sonrisa.)* Es cierto, sobre todo los hombres. *(Wiedemann se estremece ligeramente.)* ¿Qué tienes, Jorge?

WIEDEMANN. Yo... nada...

ISABEL. Me parece que algo me ocultas.

WIEDEMANN. Y dime, ¿tú no me ocultas nada?

ISABEL. Amigo mío, tú ya lo sabes. Confianza por confianza. Tú me dijiste: Si quieres ser mía, no me digas nada y que todo quede sepultado en tu corazón. Lo mismo pido para mí. ¿No es cierto que me dijiste eso?

WIEDEMANN. Dejemos eso.

ISABEL. ¿Por qué?

WIEDEMANN. ¡Dios mío! ¿Qué era lo que yo debía hacer? Ahogar en lo más hondo de mi pecho todo lo que me ha humillado, todo lo que he sufrido en mi amarga lucha por el pan cotidiano... Hubiera sido una ligereza en mí lo contrario, y créeme, Isabel, yo no soy un hombre ligero.

ISABEL. (*Riendo.*) Jamás lo supuse.

WIEDEMANN. ¡Oh! ¡Y qué rudo, que horrible fué el combate con el estenuado cerebro!... Cuando todos los que te rodean, los camaradas que triunfan; cualquier necio que juega al ingenio á tu costa, cualquier alegre y piadoso varón á quien quedas debiendo la respuesta, todos te dicen á una... ¡Eres un hombre de valía! Y tú sientes, sin embargo, que ya no puedes más, que tu cerebro ha perdido por la agria y áspera cuesta todo su fósforo... Y después de una larga y penosa carrera, no logras más que una escuela de tercer orden para poder llevar á la boca un negro mendrugo de pan... Y todavía un pobre diablo como yo tiene el valor de casarse por segunda vez.

ISABEL. Déjala en paz, Jorge... Ya llevamos flores sobre su tumba...

WIEDEMANN. Bueno... Dejémosla en paz. Pero, ¿debía yo de haberte dicho todo eso? No, Isabel, hubiera equivalido á un suicidio para mí... La poca estima en que me tenías debía conservarla á todo trance... Hoy te tengo á tí y la dicha ha venido contigo á mi humilde rincón... un nuevo rayo de sol me ha visitado... Solo me apena la angustia de volver á perderlo.

ISABEL. ¿Quién ha de arrebatartelo, Jorge?

WIEDEMANN. No lo sé... Pero lo que debe suceder, sucede... Porque, óyelo bien... esta dicha no me pertenece... la he robado... Esto todo el mundo lo sabe (*Angustiado y balbuciente*), y yo también.

ISABEL. Habla con claridad, ¡por Dios! Jorge, te lo suplico.

WIEDEMANN. No es muy facil de decir. Yo también quisiera leer claro en tu interior y en el mío... Cuando hace poco recordabas á la urraca que oculta los objetos que acaba de robar en un rincón,

sentí como si entrara en mis huesos plomo derretido.

ESCENA IX

DICHOS. ELENA, *Apareciendo en la veranda. Luego* FEDERICO Y EMILIO *por el foro.*

ISABEL. ¿Qué quieres, hija mía.

ELENA. Mamá, Rosa pregunta dónde pone la mesa esta noche.

ISABEL. Ven aquí, Elenita.

ELENA. ¿Qué quieres, mamá?

ISABEL. (*Cogiéndola de la mano.*) Anda, dale á papá un beso... dile que se aflije sin motivo... repítele lo mucho que le queremos aquí todos.

ELENA. (*Acariciándole la mejilla.*) Papá... sí... es cierto.

WIEDEMANN. Y tú, Elenita, dile á mamá lo tristes que estábamos antes, y lo mucho que tenemos que agradecerle...

(*Emilio y Federico entrando en el patio atropelladamente, el uno detrás del otro.*) Mamá... Papá... el tio Röcknitz y la Bettina acaban de llegar.

WIEDEMANN. ¡Que alegría! ¿Verdad, Isabel?

ISABEL. Sí. Yo siempre me alegro de que venga Bettina.

EMILIO. Mamá. ¿No sabes? El tío Röcknitz ha traido nueve caballos... Tres bayos... Uno careto, con las patas blancas... dos blancos...

FEDERICO. No señor, no hay más que uno blanco, porque el otro és blanco con pintas negras.

EMILIO. Mamá, él se figura que yo no he visto nunca un caballo blanco, manchado de negro.

WIEDEMANN. ¿Dónde habeis visto á Röcknitz?

FEDERICO. Delante del *Águila Negra.* Acababan de salir y venían para acá. El tio Röcknitz estaba más alegre que nunca. Volad á casa y armad un estrépito de todos los diablos, nos dijo.

EMILIO. Sobre todo no os olvidéis de armar escándalo, nos dijo.

WIEDEMANN. Hierve en él todavía la sangre del rapáz endemoniado de otros tiempos. ¿Verdad, Isabel?

ISABEL. (*Asintiendo.*) ¡Hum!

ELENA. ¿Qué tienes, mamá?

ISABEL. Nada, hija mía.

ESCENA X

DICHOS, EL BARON RÖCKNITZ Y BETTINA

(*Emilio y Federico corriendo á su encuentro.*) ¡Viva el tio Röcknitz!

RÖCKNITZ. Adelante, muchachos, adelante. Más recio. ¿Se os ha secado ya el gaznate? (*Emilio y Federico muy fuerte.*) ¡Viva!

RÖCKNITZ. Así. Eso es. (*Mientras Isabel y Bettina se abrazan le tiende á Wiedemann la mano.*) ¿Cómo está usted, mi querido maestro?

WIEDEMANN. Perfectamente, amigo Röcknitz. ¿Y usted?

RÖCKNITZ. Yo... Ya lo ve usted... Trampeando... Quietos, quietos, muchachos... Primero es mamá. Voto al diablo, Isabel, no, no abrigue usted temor de ninguna clase... guardaré mis apasionados homenajes en el fondo de mi corazón. (*Le besa la mano.*) ¡Podrían abrasarme los labios!

EMILIO. ¿Por qué dice que le abrasarían los labios, papá?

WIEDEMANN. El tio Röcknitz está siempre de broma.

ISABEL. ¿Estás tú bien alojada, Bettina? (*Bettina encoge los hombros, riéndose.*)

RÖCKNIKT. ¡Ah! Mi querida Isabel, el alma bondadosa que nos quisiera suministrar un mal camastro para dormir esta noche, merecería bien del cielo y de nosotros.

WIEDEMANN. ¿No quiere usted hacer una excepción por esta vez, hospedándose en nuestra casa?

ISABEL. (*Interrumpiéndolo con apresuramiento.*) Pero ya sabes, Jorge, que por desgracia... yo podría arreglar con Bettina, pero...

WIEDEMANN. No te entiendo, Isabel. Yo puedo en último caso dormir en la escuela.

RÖCKNITZ. Encantadora ama de casa, póngase usted la mano sobre el corazón. ¿No hay en él una pizca de mala voluntad?

BETTINA. Isabel no puede querernos mal de ningún modo. ¿No es verdad, tesoro mío?

ISABEL. Tú lo sabes mejor que nadie, Bettina.

RÖCKNITZ. Nada, nada, todo puede arreglarse. ¿Porqué no ha de dormir él en la escuela? Es verdad que no nos han convidado, pero lo aceptamos y con dar las gracias... Ea, muchachos, volad al *Aguila Negra* y decidle á mi mozo de cuadra, á Augusto, que estamos aquí. El sabe lo que tiene que hacer. ¿Ya conoceis á Augusto con su árabe fez? ¿No es cierto?

FEDERICO. Augusto es mi amigo.

EMILIO. A mí me ha enseñado su reloj. A Federico no se lo ha enseñado.

RÖCKNITZ. Sí. ¿Puede que también te haya dicho donde lo ha robado? Es un bribón de siete suelas, pero irreemplazable para los caballos. ¿Qué haceis? Pies para que os quiero. (*Federico y Emilio salen.*) La verdad es que Augusto y yo somos los dos hombres que más entendemos de caballos... Fuera de usted, Isabel, que también sabe... De usted se podía haber sacado partido.

ISABEL. (*Riendo.*) Pero nunca hubiera servido para mozo de cuadra.

RÖCKNITZ. ¡Que lástima! ¡Qué lástima! Hay gentes que echan á perder su destino en germen. ¿No es eso, mi antiguo maestro? Usted sí que se ríe de todos nosotros...

WIEDEMANN. Ni para reír tengo talento, mi querido Röcknitz

RÖCKNITZ. Quien posee una mujer así, tiene todos los talentos del mundo... Ele... ¿Por qué se esconde detrás de ese árbol?... ¡Qué silenciosa y qué esquiva!

BETTINA. (*Corriendo hacia Elena.*) Pero, Elenita, ¿Desde cuándo acá te has vuelto tan tímida?

ELENA. (*Arrojándose en sus brazos*) ¡Mi querida tia Bettina!

RÖCKNITZ. ¿Y yo, no merezco ningún beso? (*Elena se dirige á él con paso lento y vacilante, va á presentarle la frente, pero cambia de pronto de idea y le vuelve la espalda bruscamente. En seguida se dirige hácia la casa, en cuyos escalones tropieza.*)

ISABEL. ¡Elena!

WIEDEMANN. ¿Qué le pasa á la niña?

RÖCKNITZ. Las niñas se vuelven mujeres, no es otra cosa.

ISABEL. Dispénsame, Bettina, voy á dar algunas órdenes.

BETTINA. Voy contigo, querida, estoy muy cansada.

RÖCKNITZ. Sí, sí, llévesela usted, está medio muerta.

ISABEL. Se la devolveremos á usted viva. Hasta luego.

RÖCKNITZ. Hasta luego, encantadora ama de casa. (*Las dos mujeres entran en la casa.*)

ESCENA XI

RÖCKNITZ Y WIEDEMANN

RÖCKNITZ. (*Mirándolas salir fijamente.*) ¿Sabe usted, Wiedemann, que se ha vuelto más guapa desde que es su mujer de usted? ¡Que líneas tan esculturales!.. Y junto á la mía... Dígame usted, amigo mío, ¿sabe usted al menos lo que tiene?

WIEDEMANN. Creo que sí, Röcknitz.

RÖCKNITZ. (*Dudando.*) No sé... en fin,.. ¿Y cómo marcha la pedagogía? ¿Siempre en la brecha? ¡Ah, que condenado oficio! En Siberia existe un pozo de arsénico, allí han entrado muchos, pero nin-

guno ha vuelto á salir. Pues así me parece á mí la pedagogía. (*Wiedemann se ríe.*) ¡Ah, esos bancos! ¡Ah, esas clases! Pólvora debajo y hacerlas saltar en el aire con estrépito payoroso. ¡Esa es mi pedagogía! Y yo era el más malo de todos. ¿No es eso?

WIEDEMANN. Por eso se ha hecho usted tan listo.

RÖCKNITZ. Sí, sí... Así dicen. A lo menos en mi casa todo marcha al vapor... Y cuando no puedo hacer pícardías me divierto en inventar pesadas jugarretas... Pues le digo á usted que las mujeres... Lo que le hacen sufrir á uno... Por eso uno se hace tan malo... Desde que estuvo usted en Wislingen he benificado seis áreas de tierra, he aumentado en el doble la cultura intensiva areal, he establecido la cría del morueco, he entregado al gobierno treinta y dos caballos de remonta, he comprado un ferrocarril portátil para el acarreo de los nabos y que le presté luego á su antiguo propietario ganando un buen puñado de pesetas. Además, con la aynda del diablo, como soy un pícaro, todo me sale bien.

WIEDEMANN. (*Entusiasmado.*) ¡Claro! ¡Claro! Un hombre como usted... Una naturaleza de triunfador como la suya... ¡Es una dicha ver cómo algunos elevan las alas!

RÖCKNITZ. Cómo cambia uno de piel, querrá usted decir... No importa... Por lo demás, mi antiguo maestro, su granja de usted vale mucho... Hace poco, al pasar por ella se lo decía yo á mi mujer... No puede darse nada mejor. ¡Qué verde la hierva y que hortaliza tan rica!...

WIEDEMANN. ¡Ah, si, hubiese usted visto mi colza!

RÖCKNITZ. Y un hombre así tener que ser maestro, verse obligado á manejar la palmeta.

WIEDEMANN. (*Riendo.*) Y á veces el arco del violín.

RÖCKNITZ. Y todo lo que se ve en el patio... Los carros y el

estercolero... todo también ordenado... todo tan primoroso... Pero, ¡hombre! ¿por qué no descubrió usted antes sus dotes? Mi padre no le hubiera dejado salir de casa. Le hubiéramos conservado entre algodones. ¡Lo juro!

WIEDEMANN. Ya le he dicho á usted antes, mi querido Röcknitz, que casi todo eso es obra de mi mujer.

RÖCKNITZ. ¡Siempre su mujer de usted!... ¡Siempre su mujer de usted! Mire usted, conozco á las mujeres. Y también conozco á su mujer de usted. De todas las amigas de la mía, tal vez sea la que conozco mejor. Y puedo asegurarle á usted, amigo mío, que aquí no ha de sentirse dichosa.

WIEDEMANN. Röcknitz, ¿lo cree usted así? ¿También usted?

RÖCKNITZ. Eso cualquiera lo ve.

WIEDEMANN. (*Mirando á su alrededor y en voz baja.*) Nunca se ha quejado... Vive tranquila y al parecer dichosa... Y yo lo daría todo, hasta la sangre de mis venas, para que lo fuera, pero ¿cómo? esto es lo que me pregunto.

RÖCKNITZ. Espere... Déjeme usted á mí... Esté perfectamente tranquilo... usted es un hombre muy listo... lo fué siempre... Quizás demasiado grave, pero honrado hasta la escrupulosidad... Ahora me quieren elegir diputado, y ¿por qué no? Lo son tantas nulidades que uno se deja empujar... Si yo tuviera de quien poder fiarme... Mi mujer es un ser bondadoso; pero... en fin, ya sabe usted que uno no debe hablar mal de su mujer... En suma, necesito de un hombre de quien poder fiarme ciegamente... Un hombre de genio, un hombre de carácter... y por eso me ha venido la idea de libertar á usted de la ominiosa opresión de la pedagogía.

WIEDEMANN. ¿Soy yo ese hombre de genio?

RÖCKNITZ. Para que usted no se sienta humillado recibirá mis tierras en arrendamiento ó administración,

—ó como usted quiera—con tal de que sea un Argos para los demás. ¿Qué le parece á usted?

WIEDEMANN. Mi querido amigo, esa es otra de sus raras ocurrencias.

RÖCKNITZ. ¿Por qué?

WIEDEMANN. No soy labrador... soy maestro de escuela... He estudiado filología, y fué con muchísimo trabajo como llegué á ocupar el modestísimo cargo que desempeño. No es ninguna posición brillante, pero soy un hombre sin pretensiones y me siento dichoso.

RÖCKNITZ. ¿Y su mujer de usted?

WIEDEMANN. (*Acometido de súbito terror.*) ¡Ah! mi mujer.

RÖCKNITZ. Hace poco me decía usted que haría todo cuanto estuviese en su mano para cambiar de género de vida, y cuando le ofrecen la posibilidad de ello retrocede cobardemente. ¿No teme usted que se agríe el carácter de Isabel en esta atmósfera de tenderos, donde tienen á menos hablar con ella la mujer del médico y la del alcalde? ¿Acaso desconoce usted que su mujer ha recibido del cielo esa maravillosa mezcla que solo se dá en el temperamento del hombre?... Es buena y altiva á un mismo tiempo... Medite usted en las consecuencias que puede traer el que su orgullo reciba todos los días nuevas humillaciones.

WIEDEMANN. ¡Ah, si supiera usted cuanta razón tiene!

RÖCKNITZ. Piénselo usted bien... Tamaña ganga no cae todos los días... Debe usted salir de este maldito rincón... Se hallará usted otra vez entre amigos... pisará el mundo nuevamente... En una palabra, resucitará usted, mi querido Wiedemann.

WIEDEMANN. De mí no se preocupe usted... De mí no es cuestión... Pero hoy mismo hablaré con ella... le diré...

RÖCKNITZ. No, no, mejor será que yo se lo indique.

WIEDEMANN. ¿Por qué usted?

RÖCKNITZ. Conozco á su mujer... Si le deja usted entrever la más mínima idea de que se sacrifica usted por ella...

WIEDEMANN. Sí, ya lo sé, diría que no.

RÖCKNITZ. Eso sí, usted puede prepararla... Yo me encargo luego de lo demás. ¿Convenidos?

WIEDEMANN. Permítame usted que insista... ¿No es un servicio de amigo—con toda sinceridad, Röcknitz—el que quiere usted prestarme?

RÖCKNITZ. Eso es, de amigo... Esté usted tranquilo sobre el particular... Soy un famoso egoista... Si no le necesitara dejaría que se pudriese en su rincón.

WIEDEMANN. ¡Mi rincón! ¡Mi querido rincón! ¡Se me ha hecho tan querido desde que ella está aquí! ¡Parece que con su sola presencia lo ha santificado!

RÖCKNITZ. (*Encogiéndose de hombros.*) Pues quédese usted en él.

WIEDEMANN. (*Vivamente.*) No, no. No hay otro remedio. Tiene usted razón. (*Dándole la mano.*) ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! Yo le...

RÖCKNITZ. ¡Silencio! Ahí está. (*La puerta de la veranda se abre.*)

WIEDEMANN. Me voy... Me siento tan conmovido... (*Se dirige hacia el foro.*)

RÖCKNITZ. Wiedemann, es imprudente. (*Wiedemann, se va.*)

ESCENA XII

RÖCKNITZ, ISABEL, ELENA. (*Su madre la lleva de la mano.*)

ISABEL. ¿Dónde va mi marido?

RÖCKNITZ. Tiene que hacer. Pronto vuelve.

ISABEL. Bettina ya duerme. ¡Estaba tan cansada del viaje!

RÖCKNITZ. ¡Gracias á Dios! Cuando Bettina no duerme no se siente bien.

ISABEL. Anda Elena, pídele perdón al tio Röcknitz por haber esquivado antes su presencia.

ELENA. (*Afónica.*) Perdón, tio Röcknitz.

RÖCKNITZ. Estás perdonada, chiquilla... (*Elena le vuelve la espalda bruscamente y se aleja de él con apresuramiento.*) ¡Que rara se ha vuelto!

ISABEL. (*Siguiéndola.*) ¡Elena!

RÖCKNITZ. ¡Isabel! (*Ella se vuelve.*) ¿Ni una palabra? (*Isabel le echa una mirada cargada de reproches y desaparece. Röcknitz apasionadamente.*) ¡Isabel.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

DESPACHO EN LA CASA DEL MAESTRO

Al foro izquierda una puerta que da al comedor: á la derecha una puerta vidriera que lleva á la veranda; entre ambas un armario con cristalería.—A la lateral izquierda una puerta que conduce á la cocina; en primer término un sofá con mesa y sillas.—A la derecha una ventana, al lado un estante de libros coronado por los bustos en yeso de Schiller y de Goethe. En las paredes un retrato de Bismarck y colecciones de escarabajos y mariposas; un violín con su arco, modelos de colmenas y un reloj.—Mesa de escribir con una poltrona y en el rincón de la izquierda una mesa de juego con libros y cuadernos encima. Delante un sillón.—Ajuar casi pobre y modesto, al que con esfuerzos penosos y con medios limitados, se pretende imprimir un sello de alta cultura intelectual.

ESCENA PRIMERA

(Isabel y Elena, con delantales de percal, mondando guisantes que van echando en platos que tienen ante sí. Bettina está á su lado viendo cómo trabajan.)

BETTINA. ¿Quieres darme un plato y un delantal, Isabelita? No me gusta estar ociosa mientras tú trabajas.

ISABEL. No, querida, tú no estás acostumbrada...

BETTINA. Tampoco tú lo estabas...

ISABEL. ¡Ah!... yo...

BETTINA. Y has debido acostumbrarte...

ELENA. Porque ella ha querido, tía Bettina. ¿No es verdad, mamá? Rosa y yo nos bastábamos para

tales menesteres... No soy tan inútil como se figuran... Sé coser, también sé planchar... Sé dar de comer á gansos y á patos...

ISABEL. Tienes razón, Elena, tienes razón.

ELENA. También creo que sabría guiar un carruaje en el campo.

ISABEL. Eso lo omitiríamos voluntariamente, Elena.

ELENA. Nunca paseamos en coche.

BETTINA. ¿Te gustaría tener uno?

ELENA. No por mí, tia Bettina, sino por mamá.

BETTINA. Es cierto, Isabel. ¡Qué bien estabas tú con las riendas en la mano. (*Isabel le hace señas de que se calle.*) ¿Qué es lo que quería yo decirte? ¡Ah! ¿Quieres que Elena venga luego conmigo de visita?

ELENA. ¿Yo?

BETTINA. La alcaldesa expresó recientemente el deseo de que otra vez la llevase conmigo.

ISABEL. La alcaldesa me conoce. ¿Por qué no me lo ha dicho á mí?

BETTINA. (*Turbada.*) ¡Como nunca habeis ido á verla!

ISABEL. Hubiera sido un atrevimiento de nuestra parte.

BETTINA. Déjame que yo la lleve. Puede que sea conveniente.

ISABEL. Quizás tengas razón. Elena, vístete.

ELENA. ¿Puedo ir, mamá?

ISABEL. Sí, hija mía. Papá te lo agradecerá...

ELENA. Pues voy al instante. (*Sale.*)

ESCENA II

ISABEL, BETTÍNA.

BETTÍNA. ¡Pobre Isabel!

ISABEL. ¿Por qué dices eso, Bettina? Todo el mundo me compadece... Todo el mundo parece que me pi-

de perdón de culpas que no ha cometido para conmigo... Po misma he elegido mi destino... Y no deseo otro mejor... Soy dichosa... muy dichosa.

BETTINA. Eso pronto se dice.

ISABEL. ¡Dios mío! ¡En este mundo hay que renunciar á tantas cosas! Nuestros sueños juveniles ¡cuán pocas veces pueden cumplirse!... ¿Quién será el que se atreva á decir, yo tengo derecho á la dicha?... Cuando una ve satisfechas las necesidades de todos los días, ya tiene bastante, mejor dicho, ya tiene mucho... (*Se pone á escuchar.*)

BETTINA. ¿Qué tienes?

ISABEL. Nada. Me parecía haber oido á tu marido.

BETTINA. No hemos podido verle la cara en todo el día. Primero los caballos... después su mujer... Y él antes que su mujer y que sus caballos.

ISABEL. Ya lo ves... ¡Cuánta amargura hay también en tus palabras... Y sin embargo, tienes un marido que todas te envidiarían... Yo apostaría cualquier cosa á que si fueses sincera...

BETTINA. ¡Ah! Yo... De mí no hagas caso... Yo duermo siempre...

ISABEL. (*Asustada.*) ¿Por qué dices eso, Bettina?

BETTINA. Ya lo oiste á mi marido: «Cuando ésta no duerme no esta bien, cuando ésta no duerme no se siente dichosa». Y esto lo dice cien veces... todos los días.

ISABEL. Pero no lo dice con mala intención, Bettina... Ya sabes que él tiene siempre que burlarse de todo.

BETTINA. Es cierto... Es una necesidad de su espíritu... Pero conmigo es otra cosa... Para mí siempre hay un dardo punzante en sus palabras... ¡Ah!, y se acostumbra una á eso... Y llega á no darle frío ni calor... Si no fuera por esta convicción que tengo, en su vida no eres tú la que repre-

santa el primer papel... Yo no he nacido para él... No tengo su energía... ni su espíritu. ¿Sabes tú quien hubiera sido á propósito para él?

ISABEL. ¿Quién?

BETTINA. Tú.

ISABEL. (*Espantada.*) No me gusta esa broma, Bettina.

BETTINA. (*Riendo.*) Ahora te lo puedo confesar; en otro tiempo, cuando vivíais en casa con nosotros, y los dos discutíais durante largas horas acerca de todo lo divino y lo humano, y se aceleraban los latidos de vuestro corazón, me decía yo á mí misma: Si esto dura mucho, van á acabar por decirte: Bettina vete, estás aquí demás.

ISABEL. ¡Cómo! ¿Me soportabas en tu casa con semejante sospecha en la imaginación?

BETTINA. Tú, no te lo habrías propuesto... pero la cosa hubiera venido por sí misma... Y creo que ni te habría odiado... Entonces no tenía á mi hijo y mi fortuna estaba asegurada... Además, si hubiese tenido que ceder mi puesto, á tí te lo habria cedido con más gusto que á ninguna otra...

ISABEL. ¡Si supieras Bettina, el daño que me haces!

BETTINA. No te enojes, Isabel... Solo quiero descubrirte mi corazón... Creeme, te pertenece por entero. Y me decía siempre: que juege Alfredo con este corazón ó que juegue ella, me dá lo mismo... Yo ya estoy acostumbrada... Pero que tú sueñes así en lo obscuro de tu alma... como ahora estás soñando...

ISABEL. (*Sobresaltada.*) ¿Qué es lo que yo hago ahora?

BETTINA. (*Riendo.*) Y sobre todo que te sobresaltes como acabas de sobresaltarte.

ISABEL. ¿Qué quieres decir?

BETTINA. No te alarmes. Isabel... De tí nunca esperé nada malo... De tí estaba segura... Antes se hubiera desprendido el sol del firmamento... Yo sé que hubieras venido á mí y me habrías dicho: Le

amo y soy más fuerte que tú; dame tu lugar.

ISABEL. ¿Lo crees así?

BETTINA. Pero, ¡tú engañarme en mi propia casa! ¡Nunca! ¡Nunca!

ISABEL. (*Abrazándola.*) Tienes razón, Bettina... Dios sabe que tienes razón.

BETTINA. Ya lo ves, y aún vivo á su lado. Y créeme, le quise como no se puede querer más en el mundo... Por él lo hubiera sacrificado todo... pero me dijo tan á menudo: «Anda, ve, duerme, Bettina, duerme», que poco á poco se fué durmiendo mi cariño.

ISABEL. ¿Sabes que es infinitamente triste todo lo que me estás diciendo?

BETTINA. ¿Triste? ¿Por qué? ¡Si ya ni me causa amargura! Me he acostumbrado á su injusticia... Pero por él lo siento... Hubiera podido ser tan dichoso en su casa si se contentara conmigo... Ahora debe correr en pos de las demás mujeres, que ó no son dignas de él ó han de ser desgraciadas por su culpa. ¡Y tener que verlo así, con esta indiferencia!

ISABEL. ¿No oyes?

BETTINA. ¿Quién es?

ISABEL. Ahora sí que es él. (*Pausa. Llaman.*) ¡Adelante!

ESCENA II

DICHAS Y RÖCKNÍTZ.

RÖCKNITZ. ¡Buenos días, nobilísimas señoras! ¿Hablaban ustedes mal de mí? Las veo un poquito turbadas... ¡Buenos días, Isabel!

ISABEL. (*Tendiéndole la mano.*) Esta mañana le dejamos salir á usted sin que se desayunara, amigo Röcknitz. Le ruego que nos lo perdone.

RÖCKNITZ. El reloj marcaba las cuatro y media, amiga mía... Y me deslicé escaleras abajo silenciosamente, como un amante afortunado... Además, para tales casos llevo siempre un frasco de cogñac.

ISABEL. Pero ahora tendrá usted apetito.

RÖCKNITZ. Se lo agradezco á usted mucho... Hoy me he desayunado con cuatro chalanes judíos... ¡Oh! fué verdaderamente feudal, se lo asegure á usted... He estado hábil ¡voto al diablo!... Al bayo tuerto lo he vendido por doscientos thaler... Después dirás que tu marido no tiene talentos... Sí, Isabel, para el tráfico de caballos reuno algunos méritos... En cambio para el amor... créame usted, soy una verdadera calamidad.

BETTINA. No veo en qué puede parecerse el amor á la compra y venta de caballos.

RÖCKNITZ. ¿Lo ves? Semejante argumento logra siempre sacarte de tu letargo. Pero, ¡voto al diablo! ¿qué es lo que iba yo á pedirte? ¡Ah! sí, los certificados. ¿Sabes dónde está la cartera con los certificados de los caballos? Estaba en la consola.

BETTINA. Iré á buscártela. (*Va á salir.*)

RÖCKNITZ. (*Echándole una mirada á Isabel.*) Si eres tan amable.

ISABEL. (*Poniéndose rápidamente de pie.*) Yo iré, Bettina.

RÖCKNITZ. De ningún modo.

ISABEL. Sí, sí. (*Sale apresuradamente.*)

ESCENA IV

RÖCKNITZ, BETTINA.

RÖCKNIKT. Cualquiera diría que huye de mí. (*Da algunos pasos por la escena silbando.*) ¿Verdad que está muy guapa?

BETTINA. ¡Oh! sí, muy guapa.

RÖCKNITZ. Hay en ella, ahora, yo no sé qué de misterioso.. A veces parece una Madonna y á veces una bacante... ¿No es cierto?

BETTINA. ¿Una bacante? ¿Por qué?

RÖCKNITZ. Por nada... ¿Te ha hablado de un cambio próximo en su vida?

BETTINA. ¿Un cambio?

RÖCKNITZ. Pues no se lo preguntes. ¿Estás?

BETTINA. ¿Qué ocurre, Alfredo?

RÖCKNITZ. Nada, nada. ¿Vas á salir?

BETTINA. Sí, voy á hacer una visita.

RÖCKNITZ. ¡Bravo! ¡Muy bien hecho! ¿Quieres que te mande el coche?

BETTINA. No, gracias está muy cerca.

RÖCKNITZ. ¿Qué te pasa? ¿Me dispensas el honor de estar celosa?

BETTINA. ¿Yo? ¿De quién?

RÖCKNITZ. (*Amenazándola con el dedo.*) ¡Cuidado!

BETTINA. ¿No te avergüenzas, Alfredo?

RÖCKNITZ. Me avergonzaré si te empeñas... A propósito, Juan el perdido ha vuelto á parecer.

BETTINA. (*Alegremente*) ¡El pobre Juan! ¿Cómo está, Alfredo?

RÖCKNITZ. ¡Oh! Muy terne y muy gallardo, con la nariz como un tomate y pidiendo limosna.

BETTINA. ¿Mendiga, y lo dices así, con esa indiferencia?

RÖCKNITZ. Hija mía, hice cuanto pude en su favor. Pasado mañana irá á Wislingen. Primero le quitaré yo la costumbre de emborracharse, y luego tú te encargarás de llenarle el buche.

BETTINA. (*Enjugándose los ojos.*) ¡Ah! Alfredo, qué bueno eres!

ESCENA V

DICHOS, ISABEL.

ISABEL. (*Con una cartera en la mano.*) ¿Es esta?

RÖCKNITZ. Amiga mía, busco palabras con que darle á usted las gracias y no las hallo.

ISABEL. ¿Lloras, Bettina? (*Reconviniéndole.*) ¡Röcknitz!

BETTINA. (*Vivamente.*) No, Isabel.

RÖCKNITZ. Está algo conmovida ante la nobleza de mis sentimientos, pero esa es mi especialidad. Recomiéndeme usted, para cuando llegue el caso, como á un bienhechor del género humano, como... todo lo que usted quiera, con tal de que no cueste dinero.

BETTINA. ¡No lo creas! ¡No lo creas!

RÖCKNITZ. (*Contando los certificados.*) Uno... dos... tres... cuatro... Número cuatro... Este es un jamelgo... ¡Ah, si logro deshacerme!... Bonito negocio, ¿eh?... Este caballo tiene la cojera secreta. ¿No la conocen ustedes? También la solemos tener nosotros. Cuando nuestro temperamento comienza á aflojar, cuando nuestros sentimientos se extravían, cuando... (*Con súbito desentono.*) ¿No conocen ustedes la cojera secreta?

ISABEL. Mi querido Röcknitz, el concepto que tiene usted formado del mundo está tan íntimamente ligado con la feria de caballos, que no puede entrar en los límites de nuestra comprensión.

RÖCKNITZ. ¿Pretenden ustedes enojarme? (*Isabel le dice que no con la cabeza con una grave sonrisa en los labios.*) Ya veo que usted sabe el gran amigo que en mí tiene... Se lo agradezco... ¿Cuando vas á hacer tu visita?

BETTINA. A eso de las once.

RÖCKNITZ. Muy bien. Hasta la vista, señora.

ISABEL. Comemos á las doce y media, Röcknitz.

RÖCKNITZ. *(Con severa cortesía.)* Estaré en mi puesto antes de la hora. *(Al llegar al umbral de la puerta se inclina. Volviendo al tono ligero de antes.)* Señeras, muy buenos días. *(Se va.)*

ESCENA VI

BETTINA, ISABEL.

BETTINA. Eso no ha estado bien de tu parte, Isabel.

ISABEL. Perdóname... Es verdad... Sois mis huéspedes...

BETTINA. No es por eso, no... te le aseguro... pero si tú supieras cómo piensa en tí... cómo te desea...

ISABEL. No hables de eso, Bettina, te lo suplico.

BETTINA. Está bien... Como quieras... Quería preguntarte una cosa... ¿Cómo ha sido... Cuenta con mi reserva. ¿Teneis otro empleo en perspectiva ó tu marido está dispuesto?...

ISABEL. ¿Mi marido?... ¿A qué?

BETTINA. Creí que lo sabías. No puedo decirte nada más. Te ruego que nada me preguntes.

ISABEL. ¿Pues qué ocurre? ¿A mis espaldas se traman planes que yo no?...

BETTINA. Acaso quieran sorprenderte.

ISABEL. No soy ninguna niña. No necesito que me sorprendan.

BETTINA. ¿No te ha dicho nada tu marido?

ISABEL. Nada... ni una palabra... Sí, sí esta mañana habló algo sobre el particular... dijo que nuestro horizonte se aclaraba... que ello podía ser muy bien la preparación de... Perdóname, Bettina, pero esto no ofrece gran interés para tí... ¡Ah! ya estoy... *(Llevándose las manos al rostro.)* ¡Que me dejen en paz! !Que me dejen en paz!

ESCENA VII

DICHOS. ELENA, ROSA por el foro, que entra con una bandeja.

ELENA. Dentro de poco llamarán á clase, mamá. ¿Puede Rosa servir el desayuno?

ISABEL. Sí, hija mía.

ELENA. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Mamita, mamita!

ISABEL. ¿Qué quieres?

ELENA. ¿Quieres de verdad, que yo vaya?

ISABEL. (*Levantandose.*) Ve, en horabuena. *Suena la campana de la escuela. Se oye canturrear á los chicos la tabla de sumar. El rumor infantil continúa en la escena siguiente hasta que vuelve á sonar la campana por segunda vez. Isabel se acerca á la mesa sobre la que Rosa ha puesto la bandeja con pan, manteca, jamón y una jarra de leche.*) ¿No quieres tomar algo, Bettina?

BETTINA. Bueno, si acaso tomaré un vaso de leche fría, pero muy fría.

ELENA. (*Escuchando á la ventana con el rostro vuelto hacia el público.*) ¿No oyes, tía Bettina, cómo los chicos vuelven á alborotar? Las niñas son mucho mejores.. Hay un tal Pedro que les pega á todos... pero á bien que por San Miguel se marcha al Instituto... Ya verás qué quietud habrá entonces en la escuela... (*Exlremeciéndose de alegría.*) ¡Ah! ahí está Dangel... Tía Bettina, ¿no oyes á Dangel?

BETTINA. No, hija mía.

ELENA. Mamá, tú tampoco oyes á Dangel?

ISABEL. Elena, nosotras no tenemos el oido tan fino como tú.

ELENA. ¡Es raro!

ESCENA VIII

DICHAS, EMILIO Y FEDERICO. (*Entran corriendo.*)

EMILIO. (*Inclinándose.*) Buenos días.

FEDERICO. (*Lo mismo.*) Buenos días.

EMILIO. Mi desayuno.

FEDERICO. Y el mío.

ISABEL. Primero, besadle á la tía Bettina la mano y preguntadle cómo ha pasado la noche.

EMILIO. (*Besándole la mano.*) Tía Bettina, ¿cómo ha pasado la noche?

BETTINA. (*Acariciándole la cabeza.*) Muy bien, hijo mío.

EMILIO. (*Volviéndose de pronto.*) Mi desayuno.

FEDERICO. Tía Bettina, ¿cómo?...

BETTINA. (*Riéndose.*) ¡Gracias! ¡Gracias! He dormido muy bien.

FEDERICO. Mamá, despachanos pronto. Tenemos que pegarle á Pedro... Es tan desvergonzado...

ELENA. Con ese no hay quien pueda.

FEDERICO. Nosotros.

EMILIO. Ya verás cómo le pegamos.

ELENA. Él no hace caso más quo de Dangel.

EMILIO. Tú siempre á vueltas con tu Dangel.

ISABEL. (*Amenazándoles con el dedo.*) ¡Eh!, niños.

ESCENA IX

ISABEL, BETTINA, ELENA, WIEDEMANN. (*Federico y Emilio se van con sus tostadas en la mano sin hacer ruido.*)

WIEDEMANN. ¡Buenos días, señora! (*Bettina le tiende la mano.*) ¿Qué le parece á usted el alboroto que arman los chicos?

BETTINA. Que me era muy agradable, señor maestro, cuando yo también iba á la escuela.

WIEDEMANN. ¿Verdad que es un estrépito delicioso? Yo lo prefiero á todo lo del mundo. *(Mirando á Isabel y corrigiéndose prontamente.)* Es decir, cuando no se tiene algo mejor en perspectiva. *(El ruido de la escuela aumenta.)* ¡Ah!, esto ya no debe permitirse! ¿Qué diantres tienen hoy?

ELENA. Le pegan á Pedro, papá.

WIEDEMANN. ¿Dónde se ha metido Dangel?

ELENA. *(Con calor.)* Pero Dangel tiene que tomarse también algunos segundos de reposo. Tú no puedes exigir de él, papá, que...

WIEDEMANN. *(Gritando desde fuera.)* ¡Silencio, ahí dentro! *(El rumor disminuye de pronto, y se oye un leve murmullo de voces que suman, tras el que suena de nuevo la campana, luego se hace más fuerte y por último va apagándose hasta que se hace un profundo silencio.)*

BETTINA. ¿No querías hablar con tu marido? *(Isabel asiente con la cabeza.)* Elena, vamos á vestirnos.

ELENA. Papá, ¿no lo sabes? Voy con la tía Bettina á casa de la alcaldesa.

WIEDEMANN. *(Alarmado y pensativo.)* Señora, me parece...

BETTINA. Acepto tranquila toda la responsabilidad. ¡Hasta la vista, maestro!

WIEDEMANN. Adiós, señora. *(Bettina y Elena se van.)*

ESCENA X

WIEDEMANN, ISABEL.

WIEDEMANN. Isabel, ¿has escrito al inspector invitándole para que venga esta noche á cenar con nosotros?

ISABEL. Sí... Vendrán.

WIEDEMANN. ¿Qué vas á darnos?

ISABEL. Lomo de ternera con guisantes... Y melocotones que hoy no envié al mercado.

WIEDEMANN. Bien... Bien... ¿Y cómo vas á dárnoslos, para postres ó como ponche?... Bueno, ya lo resolveremos... También tenemos Mosela... ¿No se ha dejado ver Rö knitz?

ISABEL. Sí, aquí estuvo... Volverá pronto...

WIEDEMANN. ¿Cómo le va por la feria?

ISABEL. Creo que bien,

WIEDEMANN. ¡Claro! ¡Un agricultor como él!... *(Va á irse.)* Con que...

ISABEL. ¿Me puedes conceder un momento?

WIEDEMANN. Pronto van á llamar á clase, Isabel.

ISABEL. No importa, Jorge... dímelo francamente, ¿qué me ocultas?

WIEDEMANN. *(Confuso)* Dispénsame, Isabel, pero...

ISABEL. Créeme, Jorge, no merezco que me trates así... He sido siempre la compañera de tu vida... Siempre compartimos los goces y los sinsabores... Tuya soy en la alegría y en el dolor... ¡Habla Jorge, nada debes callarme!

WIEDEMANN. Perdóname, Isabel, no quise afligirte... Eso es todo... Pero ahora vas á saber lo que ha sucedido... Que yo no estoy aquí contento con mi suerte, hace tiempo que pudiste notarlo.

ISABEL. Hasta esta mañana, no.

WIEDEMANN. ¿No lo recuerdas, hija mía? Cuántas veces te he dicho: mi vida está echada á perder... mi... mi...

ISABEL. Porque no hicieras tu examen de filosofía y letras no has de atormentarte así!.. Ya es tarde para el remedio...

WIEDEMANN. ¿Lo ves? Tú también me lo echas en cara ahora.

ISABEL. Te lo han echado en cara tantos, que sería cruel que yo también lo hiciera.

WIEDEMANN. Y aunque tú me lo ocultes por delicadeza, por piedad... ¡quién sabe! si en el fondo de tu alma tú también me desprecias... ¡¡Si no puede ser de

otro modo!! ¡Vaya una vida! Bajo la férula de cualquier tonto... Yo que siempre he amado la libertad.

ISABEL. Piensa, Jorge, que á donde quiera que vayas habrás de estar siempre sugeto, ¡hasta en el Instituto!... Eso lo trae consigo tu profesión...

WIEDEMANN. ¡Bonita profesión, por cierto! Un pozo de arsénico sería preferible... ya lo creo!

ISABEL. Jorge, ¿no me has dicho muchas veces lo dichoso que te sentías en nuestro rincón?

WIEDEMANN. (*Consternado*) En... nuestro... rincón... Sí, sí... Son cosas que uno dice... Pero no basta... El hombre debe luchar, mejorar su posición. (*Suena la campana de la escuela.*) Bueno, bueno, ya hablaremos. (*Va á salir.*)

ISABEL. ¿Ya te vas, Jorge?

WIEDEMANN. Pero, hija mía, va á empezar la lección de latin... No puedo perder ni un minuto... Sería verdaderamente una falta.

ISABEL. No parece sino que le has tomado odio á tu profesión

WIEDEMANN. (*Se calla conmovido.*) Bueno, ¡que esperen!... Créeme, Isabel, te engañas... Puesto en la brecha hay que combatir, no queda otro remedio... Todo ello ha de redundar en nuestro provecho... Piensa en nuestra habilidad para la agricultura... Piensa en que una vez saqué el primer premio como agricultor... ¡Y lo que te gustaría á tí ser la propietaria de una tierra! ¡Ah, si yo pudiera verlo antes de morir!... Y ahora se me ofrece una amplia esfera de actividad como administrador ó curador... donde nos veremos libres de fisgones y escudriñadores... Yo no necesito más que tu aprobación para trabajar y ser dichoso... tan dichoso como aquí.

ISABEL. Has dicho tan dichoso como aquí. ¡Que no se te olvide, Jorge!

WIEDEMANN. Sí, sí; muy dichoso, incomparablemente dichoso... Donde fuéramos respetados y queridos, donde pudiéramos labrar, sembrar y cosechar á nuestro antojo.

ISABEL. ¿Y no puedes arar, sembrar y cosechar aquí?

WIEDEMANN. Pero en tan poca escala...

ISABEL. En el corazón de tus discípulos, Jorge, y me sirvo también de tus propias expresiones.

WIEDEMANN. (*Como herido por estas palabras, se sienta abatido en una silla. Pausa breve.*) ¡Ah, no, contigo no se puede discutir. Eres terca, Isabel. Debe de hablar contigo alguien que tiene más fuerza que yo... Espera á que venga Röcknitz, que te explicará mejor el asunto.

ISABEL. (*Estremeciéndose y como si hablara consigo misma.*) ¿Röcknitz, precisamente?

WIEDEMANN. Sí, Röcknitz... Ese es un hombre... Ese sabe tasarnos mejor que nosotros mismos... Y ahora, perdóname, pues no... (*Va á salir.*)

ISABEL. (*Siguiéndole angustiosa.*) Una palabra, Jorge... ¿Ese nuevo empleo de que me hablas, nos ha sido ofrecido por su intercesión?

WIEDEMANN. No, hija mía... Como tiene la idea de que somos una brillante adquisición, no quiere esperar á que otro venga y aproveche nuestros buenos servicios.

ISABEL. (*Estremeciéndose.*) ¡Oh!

WIEDEMANN. ¿Lo ves? tú tampoco puedes ocultar tu gozo... Y yo pensaba... Dime, Isabel, ¿te alegras ó no?

ISABEL. Anda, Jorge, anda... Más tarde te lo diré.

WIEDEMANN. No lo hago por tí, Isabel, ¡Dios lo sabe!... (*Suplicante.*) Pero, dime, Isabel, ¿te alegras ó no? (*Ella no responde y él se va meneando la cabeza.*)

ESCENA XI

ISABEL, ROSA.

ISABEL. (*Se pasea llena de extraordinaria excitación por la estancia, hace esfuerzos inauditos para volver á su acostumbrada serenidad, se dirige á la puerta y llama.*) ¡Rosa!

ROSA. ¿Qué desea la señorita?

ISABEL. Si viene el señor barón antes que... No, no le digas nada... no me siento bien... quisiera...

ROSA. Creo, señorita, que el señor baron acaba de llegar.

ISABEL. (*Irguiéndose serena, tras breve pausa.*) Está bien. (*Rosa se va.*)

ESCENA XII

ISABEL, RÖCKNITZ.

RÖCKNITZ. (*Desde el umbral.*) ¿Puedo entrar, Isabel?

ISABEL. Adelante.

RÖCKNITZ. (*Mirando en torno suyo*) ¿Está usted sola?

ISABEL. Completamente sola.

RÖCKNITZ. ¡Ah! ¿Me esperaba usted?

ISABEL. Sí.

RÖCKNITZ. ¡Quién lo dijera! Para un recibimiento tan lisonjero no estaba yo preparado... ¡Cómo juega usted conmigo desde ayer!... ¡Voto al chápiro!

ISABEL. Si antes como ama de casa fuí descortés, le ruego que me perdone.

RÖCKNITZ. Eso huelga entre nosotros, Isabel.

ISABEL. ¿Por qué dice usted entre nosotros? Entre nosotros, Röcknitz, ó mejor dicho, entre usted y yo

no existe nada común... le ruego que tome amistosamente mis palabras en consideración.

RÖCKNITZ. Lo sé demasiado y de eso me quejo.

ISABEL. Ni hubo nunca nada de común.

RÖCKNITZ. ¿Me dice usted eso con la mano puesta sobre el corazón?

ISABEL. Soy amiga de la niñez de Bettina. Fuí durante dos años huésped de su casa, y he hecho todo cuanto ha estado en mis fuerzas por serle útil... Esto justifica cierta cordial confianza en el trato

RÖCKNITZ. Cierto afecto decoroso, ¿no es cierto?

ISABEL. No.

RÖCKNITZ. Muy bien... Extraordinariamente bien... Dígame usted, ¿es que lo finge ó que es, realmente, tan flaca de memoria que después de tres años de matrimonio, ha dado al olvido los fuertes y puros lazos de afecto que en tiempos más felices ligaban nuestras almas?

ISABEL. Querido Röcknitz, yo podría decirle á usted todo aquello ya no existe para los dos, pero no quiero andarme con subterfugios... Y como lo lo que ahora acaba de decirme, habría sido mejor que no hubiera nunca salido de sus labios, le pregunto frente á frente: Alfredo, ¿qué pretende usted de mí? Yo no tenia madre, no poseía en el mundo más apoyo que usted... usted podía haber extendido sobre mí sus brazos protectores... ¿Por qué quiso hacerme su manceba?

RÖCKNITZ. ¡Isabel!

ISABEL. Bastantes mujeres hay en el mundo. ¿Por qué elegirme á mí, á la infeliz abandonada? Ya sabe usted que yo tomo la vida en serio... Soy una naturaleza de abnegación y sacrificio, que no juzga digno de desprecio nada de lo que le rodea... ¿Por qué vino usted á robarme la poca tranquilidad que tenía?

RÖCKNITZ. ¿Me dejó usted acaso la mía?

ISABEL. ¿Yo, qué le hice á usted? ¿Puede echarseme en cara el que yo me mostrara alguna vez coqueta con usted?

RÖCKNITZ. No... Eso no... Está usted muy lejos de todo lo que vulnera, de todo lo que mancha... Isabel, óigame usted; yo no soy un malvado, ¡pero en lo más hondo de mi sér, en lo más recóndito de mis entrañas, bullen apetitos viles y villanos que no me es dado refrenar! Lo que he luchado por desterrarlos desde que tenía doce años, ¡ah, eso sólo yo lo sé!... Creo que fué ya desde la cuna... ¡Si no se puede contar!... ¡Yo quiero mujeres! ¡necesito mujeres! ¡no puedo vivir sin las mujeres!

ISABEL. ¿Y Bettina?

RÖCKNITZ. ¿Otra vez Bettina?

ISABEL. ¡Si usted no la conoce!

RÖCKNITZ. Está bien... Dejémosla dormir... Pero puede usted creerme, si yo hubiese—entiéndame usted—mezclado su nombre al de las demás mujeres,—sin que esto sea fraseología—me habría parecido un sacrilegio.

ISABEL. Eso debe usted de habérselo dicho á todas.

RÖCKNIKT. Isabel, yo no miento... Yo no tengo necesidad de mentir... (*Con salvaje energía.*) Porque todo lo que quiero lo consigo. ¿No le asustó á usted nunca mi voluntad? (*Isabel calla y esquiva sus miradas.*) Oiga usted; cuando yo la dejé pasar sin protesta á los brazos de su marido—perdóneme usted, no le permito ninguna objeción,—no era porque me diese por vencido, sino sencillamente porque no quería proseguir. Durante los dos años que ha vivido usted bajo mi techo, me he levantado todas las mañanas pensando en usted, me he acostado todes las noches pensando en usted... Quise llevarla á mis brazos todos los días, pero la conocía y sabía que hu-

biese sido su muerte... ¡Si es risible!... ¡Un ave de rapiña que siente piedad!... Y ahora acúseme usted, si se siente capaz... ¡Já! ¡já!... (*Pausa.*) ¡Qué hermoso era aquel tiempo á pesar de todo! ¡Dios mío, qué hermoso era! Haber hallado una compañera, una hermosa mujer de grandes ojos inteligentes, que leía en mi espíritu todas mis ideas antes de que yo mismo las conociera... ¿Te acuerdas, Isabel, de aquellas noches de verano que pasábamos en la terraza, sentados en nuestros canapés, mirando á las estrellas? Bettina estaba á nuestro lado y, como siempre, naturalmente, dormía el sueño de los justos, envuelta en su plaid... ¡Já! ¡Já!... ¿Qué tiempo más hermoso, verdad, Isabel?

ISABEL. (*Como en sueños.*) ¡Oh, sí, qué hermoso!

RÖCKNITZ. ¿Entonces?...

ISABEL. ¡Ah! ¿Por qué no se ha callado usted?

RÖCKNITZ. ¿Callado?... ¡Ya lo creo! Durante dos años enteros... Pero al cabo mi pasión ha sido más fuerte que yo... He pasado por todas las fases de esta lucha titánica... He llegado hasta pensar en separarme de la pobre Bettina... Dígame usted si un amor así es una bagatela.

ISABEL. (*Aterrorizada.*) ¿Usted ha llegado á?....

RÖCKNITZ. Pues claro. Esté usted tranquila; usted no es de la madera de que se hacen las cortesanas.

ISABEL. ¡Pobre Bettina! Si lo ha sospechado, cómo debe haber sufrido.

RÖCKNITZ. No... Todo marcha á pedir de boca... Todo ha sucedido á medida del deseo en el mejor de los mundos posibles. Mi mujer tiene un chico robusto y usted está casada con un maestro de escuela... Y al menos no ha pasado lo que muy bien hubiera podido suceder, que al primer vuelo hubiese usted dado con sus alas en tierra.

ISABEL. Le ruego, Röcknitz, que se acuerde de que está usted en casa de mi marido.

RÖCKNITZ. Y yo le suplico, Isabel, que se deje de sensiblerías... De esta hora depende realmente... Para usted y para mí también... ¿Le ha dicho su marido algo de lo que él y yo hemos tratado? (*Isabel asiente con la cabeza.*) ¿Y usted consiente?

ISABEL. No.

RÖCKNITZ. ¡Hum! .. (*Dominándose á duras penas.*) ¿Y pueden al menos, saberse los motivos?

ISABEL. Antes tendría yo que preguntarle los suyos... ¿Por qué se despoja á una familia de los medios con que honradamente vive, para darle en cambio un porvenir azaroso é inseguro?

RÖCKNITZ. ¡Ah! ¿Es usted cauta?

ISABEL. No es eso. Es que quiero que me dejen en paz

RÖCKNITZ. Isabel, siéntese usted... Eso es... Escuche usted ahora... Cuando ustad nos dijo de improviso que iba á casarse con mi antiguo maestro, ví bien claramente que había de llegar un día en que usted y yo nos viésemos muy cercanos de la desesperación.

ISABEL. Pues ya ha visto usted que se engañaba.

RÖCKNITZ. ¡Quiá! Veía con toda claridad que yo únicamente... que ningún otro... Pero usted cada vez más terca... Me devolvía mis cartas sin abrir... y me negaba despiadadamente toda entrevista... Cuando pienso que es hoy en tanto tiempo la primera vez que podemos hablar á solas...

ISABEL. Y será también la última.

RÖCKNITZ. ¡Quién sabe! Mire usted, no es mi flaco una conciencia sutíl y alambicada, pero, ¡maldita sea yo! si no me he tenido siempre por el único culpable... Incesantemente me decía: tú eres la causa de su perdición... Le ruego que me deje hablar... El ambiente mezquino que la rodeaba á usted, todas las humillaciones, las miserias

todo lo... qué se yo! Todo lo que hay de doloroso y de triste en la vida de su marido, todo me lo he estado siempre echando en cara... Y no he tenido un minuto de reposo hasta el instante, en que tomé la resolución de reparar mi yerro... Sí, quiero repararlo, ya lo oye usted.

ISABEL. ¿Y con ese plan vino, usted, ayer á nuestra casa?

RÖCKNITZ. ¿Plan?.. Ninguno.. Traía únicamente el deseo de arreglar las cosas... pero no sabía cómo... La idea me vino por primera vez, cuando ví la excelente administradora que era usted... Lo que hacía usted en pequeño, podía hacerlo igualmente en grande... Y de este modo usted ganaría y yo también... Y aunque usted me acuse en su conciencia de que esto lo hago para infligir una nueva humillación á su marido, vuelva el puñal á la vaina, dulce amiga mía... No se trata de ninguna prebenda, y yo estimo á su marido, á mi antiguo preceptor, tanto como usted, por lo menos.

ISABEL. (*Tendiéndole la mano.*) Le agradezco, Röcknitz, el trabajo que se ha tomado usted para hallar una conclusión semejante.

RÖCKNITZ. ¿Y nada más?

ISABEL. No hablemos más del asunto.

RÖCKNITZ. (*Reteniéndole la mano.*) Isabel... Oiga usted... yo... yo... Ya que no por usted, hágalo... por mí.

ISABEL. ¿Por usted?

RÖCKNITZ. Isabel, desde que usted falta en mi vida no se lo que me pasa, me parece que marcho á mi fin.

ISABEL. ¿Usted, Röcknitz? El hombre más distinguido de nuestra sociedad, el brillante dandy, el galante calavera? ¡Ah! no hace usted bien en querer perderme.

RÖCKNITZ. Lo que le digo, Isabel, es un grito de mi alma... Quiero salvar mi vida, pues esta que llevo no es vida... es un sopor doloroso, un indeciso y vaci-

lante ir de aquí para allá... Y ¡qué brutal! ¡qué pequeño! me he vuelto... Todo lo grande huyó con usted de mi existencia... Parece que hasta me falta el aire respirable... Trabajo desde las cuatro de la mañana hasta la noche, pero de nada me sirve... Uno quiere saber por quién trabaja... No me hable usted ahora de mi hijo... Es para mí un juguete y nada más... Un hombre necesita alguien con quien... ¡Ah, si usted viviera de nuevo cerca de mí... Llegaría yo de noche, á caballo, por el huerto ó por el jardín—lo mismo dá, como indicara su marido—ó usted vendría á nuestra casa, y nos sentaríamos en la terraza como antes y hablaríamos de lo que hemos hecho y de lo que pensamos hacer!... ¡Ah! cuando me lo imagino!... Entonces, por usted, volvería otra vez á la salud y á la fuerza, día por día... Y no la diré nunca una palabra de amor... ¡Se lo juro por lo más sagrado!... No me valdré de la ocasión... Sé que la ofendería... Sabré dominarme... Usted lo verá... (*Pausa breve.*) Isabel, ¿no me dice usted nada?

ISABEL. (*Tras de otra breve pausa profundamente conmovida, pero serena en apariencia.*) Amigo mío, lo que me propone usted es muy hermoso y muy tentador; pero, por desgracia, es imposible.

RÖCKNITZ. (*Con voz ronca.*) ¿Imposible? ¿Por qué?

ISABEL. Veo que hay que decirle á usted los motivos para que se convenza, ó de lo contrario quién sabe cuánto tiempo seguiríamos martirizándonos... Todavía le quiero á usted, Röcknitz, no he dejado nunca de quererle... Ahora comprenderá usted por qué es imposible. ¿No es cierto?

RÖCKNITZ. (*Precipitándose hacia ella con los brazos abiertos.*) ¡Isabel!

ISABEL. (*Huye de el, refugiándose en un ángulo de la estancia.*) ¡Tenga usted lástima de mí! ¡Respéteme!

RÖCKNITZ. ¡Al fin! ¡Al fin! (*Queriendo llevarla á sus brazos.*)

ISABEL. ¡Al fin! (*Se precipita en sus brazos, lanzando un grito de alegría y queda con la cabeza contra su pecho, con los ojos cerrados, como sin vida, pendientes los brazos mientras él la cubre de besos apasionadamente.*)

RÖCKNITZ. ¡Isabel! (*Ella no le contesta; la lleva á un sillón. Su cabeza se desploma sobre uno de los brazos. El se arrodilla ante ella.*) ¡Isabel! Vuelve en tí. O voy á pedir socorro.

ISABEL. (*Abre los ojos, que vagan indecisos por la estancia, vuelve en sí poco á poco, apoya las manos en los hombros de él y se le queda mirando fijamente.*) ¡Es él!... ¡En mis brazos!... ¡Al fin! ¡Al fin!

RÖCKNITZ. ¡Mujer idolatrada!

ISABEL. (*Tapándole la boca.*) ¡Calla! ¡Ni una palabra más! ¡Ni una palabra más!

RÖCKNITZ. (*Poniéndose de pie.*) ¡Ah, esto es vivir! ¡Esto es vivir! Una gran fiesta del espíritu, ¿verdad, Isabel? ¡Já! ¡Já!

ISABEL. (*Con zozobra.*) ¿Qué quieres decír?

RÖCKNITZ. ¿Qué quiero decir? ¿Es acaso tan difícil? ¿Es acaso tan difícil?

ISABEL. En este mundo no volveremos á vernos más.. Nunca hemos de volver á encontrarnos, si es que tenemos el valor de seguir viviendo.

RÖCKNITZ. No. De ningún modo. Ya no somos dos niños, Isabel... ¡Dios todopoderoso! ¡Cómo sabe besar esta mujer!... Mo me vengas con remilgos... No te me resistas más ó no respondo de mí. ¡Antes se hunden tu casa y la mía que volver á dejarte salir de mis brazos! Te doy tiempo hasta la noche y si te niegas, entonces...

ISABEL. ¿Entonces, qué?

RÖCKNITZ. Ya lo verás. Atropellaré por todo... No queda otro camino... Adiós, mi... (*La va á abrazar, ella retrocede asustada.*) ¿Cómo? ¿Qué es eso? (*Mo-*

vtendo la cabeza.) ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¿Quién os conoce?... Bueno. Me voy. *(Sale, Isabel prorrumpe en sollozos.)*

ESCENA XIII

ISABEL, después ROSA.

ROSA. *(Entrando por la izquierda.)* Señora, van á dar las doce. Como hoy comen aquí el señor barón y la señora baronesa, ¿quiere usted echar un vistazo á la comida?

ISABEL. *(Confusa.)* Sí... voy enseguida. *(Rosa sale. Isabel se pone on pie con grandes muestras de fatiga. Suena la campana de la escuela; al oirla se extremece y se dirige vacilante hacia la puerta. Se oye el estrépito que mueven los chicos al salir de la escuela.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO ANTERIOR

Sobre ambas mesas arden lámparas, con pantallas de papel de seda. Al través de los cristales de la puerta que está cerrada se ve parte de la familia Wiedemann y de sus huéspedes, sentados en la veranda alrededor de una mesa, sobre la que arde también una lámpara. Por la ventana entra un rayo de luna.

ESCENA PRIMERA

ELENA, enseguida DANGEL. Afuera en la veranda WIEDEMANN, ISABEL, RÖCKNITZ, BETTINA, ORB, la señora de ORB, la señorita GÖHRE. Se ven oscilar los pábilos de las bugías. Alegres risotadas. ELENA está sentada á la derecha, al lado de la ventana, entregada á sus ensueños sin dejar de oir por eso lo que se dice en la veranda. DANGEL entra cautelosamente por la puerta vidriera, echando una mirada á su alrededor.

ELENA. *(Estremeciéndose de alegría.)* ¿Es usted, Dangel?

DANGEL. Dispénseme usted, señorita Elena; me han mandado á buscar las pantallas del comedor, porque las luces de ahí fuera oscilan mucho.

ELENA. ¿Se divierten ustedes, Dangel?

DANGEL. Mucho, señorita. Tiene todo un aire tan aristocrático... Se siente uno realzado á sus propios ojos... Si usted estuviera con nosotros... Señorita Elena, ¿por qué no viene usted á hacernos un rato compañía?

ELENA. Ya sabe usted, Dangel, que esas cosas no se hicieron para mí... Siempre entristezco á los demás... Apenas me ven dicen todos: ¡Ah, la pobre niña!... Y adiós la alegría.

DANGEL. No debería usted hablar así, Elena. Hace daño.

ELENA. ¿Le gustó á usted el poncho de melocotones Dangel?

DANGEL. Nunca creí, señorita Elena, que fuese un manjar tan exquisito.

ELENA. Pues mire usted, yo misma preparé los melocotones. Deben mondarse primero cuidadosamente, y después remojarse ocho horas seguidas en Mosela.

DANGEL. ¡Oh, ya me lo había figurado. (*Se oyen carcajadas fuera.*)

ELENA. ¿No oye usted cómo ríen?

DANGEL. El señor barón cuenta historias un tanto picantes... Por dos veces, he visto ya al señor inspector fruncir terriblemente el entrecejo. ¡Como es reaccionario!

ELENA. (*Con vivo interés.*) ¿Y mamá? ¿Está alegre?

DANGEL. ¿Por qué me lo pregunta usted?

ELENA. (*En voz baja.*) Esta mañana he visto en ella cosas tan raras... No prestaba atención á nada de cuanto se la decía, y tenía las manos tan ardorosas.

DANGEL. Pues ya que habla usted de eso, debo decirla que yo también noto en ella algo de insólito... La veo muy abstraída.

ELENA. ¿No se ríe?

DANGEL. A veces, demasiado... Pero vuelve á ensimismarse... Los chistes mejores no los oye.

ELENA. Mire usted, Dangel, yo no puedo estar á su lado, porque como soy tan torpe... Pero usted estará á la mira, usted la protejerá. ¿Me lo promete?

DANGEL. Se lo prometo, Elena... Si está en mi mano...

ESCENA II

DICHOS, ISABEL.

ISABEL. ¡Dangel!

DANGEL. *(Sobresaltándose.)* ¡Ah!

ISABEL. ¿Me quiere usted hacer el favor de traer las pantallas?

DANGEL. ¡Ah, sí! Dispénseme usted... Se me había... *(Sale.)*

ISABEL. ¡Elenita! *(Elena se enlaza á Isabel por la cintura.)* ¿Por qué no sales? *(Elena dice que no con la cabeza. Isabel á Dangel que vuelve con las pantallas.)* Le ruego, Dangel, que vuelva aquí, pues tengo que hablar con usted un momento.

DANGEL. Está bien, maestra. *(Sale.)*

ISABEL. Son las diez y media, hija mía. Sería mejor que te acostaras. ¿No te parece?

ELENA. Como quieras, mamá.

ELENA. ¡Buenas noches! *(Le besa la mano. Isabel se pone á mirarla con apasionado ardor, le acaricia la frente con la mano, y acaba por rozarla ligeramente con los labios.)*

ISABEL. *(Al ver que Elena se encamina hacia la puerta, la sigue con la mirada conmovida y dice luego con voz sofocada por la emoción.)* Ele...

ELENA. ¿Me has llamado, mamá?

ISABEL. Nada, nada, hija mía. ¡Qué descanses!

ELENA. Y tú también, mamita. *(Sale.)*

ESCENA III

ISABEL, RÖCKNITZ, después DANGEL.

(Isabel se dirige á la puerta vidriera y al ver que Röcknitz la sale al encuentro retrocede enseguida.)

RÖCKNITZ. Con que... ¿Sí ó no?... *(Isabel le vuelve la espalda.)* Mira. *(Cerrando el puño de su diestra estrechamente.)* Te tengo así... Para que lo sepas... Y no te suelto... Ten la seguridad más completa.

ISABEL. ¿Y cree usted poder vencerme si yo no quiero?

RÖCKNITZ. Pronto lo verás. Esta noche. ¿Lo oyes? Y no juegues conmigo. Estoy dispuesto á pasar por encima de todo.

ISABEL. ¡Qué cosa más rara! Creía conocerle á usted, Röcknitz, y sin embargo...

RÖCKNITZ. Soy brutal, dígalo usted francamente, brutal.. No se ande usted por las ramas... ¡Me lo han dicho tantas veces!

ISABEL. *(Mirándole fríamente.)* ¡Que lástima! ¡Que lástima!

RÖCKNITZ. ¿Sí ó no, Isabel?

ISABEL. *(Que ve aparecer á Dangel por la puerta vidriera.)* No se vaya usted, Dangel. ¿No oscilan ya las luces?

DANGEL. Parece que el viento se ha aquietado, señora.

RÖCKNITZ. *(Con intención.)* Pronto volverá á sonar con más violencia.

ISABEL. ¿Me permite usted que hable un momento con el señor?

RÖCKNITZ. *(Encogiéndose de hombros.)* Usted manda, señora. *(Sale.)*

ESCENA IV

ISABEL, DANGEL. *(Isabel se deja caer en una silla de la izquierda.)*

DANGEL. Señora, ¿no se siente usted bien?

ISABEL. Muy bien, amigo mío. Le agradezco mucho su cariñoso interés. Siéntese usted...aquí, á mi lado.

DANGEL. ¿No la echarán á usted de menos?

ISABEL. Es posible. Quisiera comunicarle una noticia muy lisonjera para usted... Su petición ha sido bien recibida.

DANGEL. ¿Se lo ha dicho á usted el señor inspector?

ISABEL. Sí, pero por el momento no se dé usted por enterado... Antes mi marido debe informar acerca de usted.

DANGEL. ¡Ah, señora, estoy...

ISABEL. Pronto va usted á ausentarse de nosotros, Dangel... Lo siento... Y todos en casa... porque usted es para nosotros un amigo leal y cariñoso... pero, especialmente lo siento por Elena, que tanto le quiere á usted.

DANGEL. *(Gozoso.)* ¿Es eso cierto, señora?

ISABEL. ¡La pobre niña está tan necesitada de protección! ¡Y usted ha sido siempre tan bueno para con ella!

DANGEL. ¡Ah, señora, si yo la dijera!...

ISABEL. No me diga usted nada... Las palabras obligan... y yo no quiero... Pero podrían sobrevenir sucesos... quizás muy pronto... en que su apoyo... en que las promesas de usted le fueran necesarios.

DANGEL. ¿Qué quiere usted decir con eso, señora?

ISABEL. Nuestros destinos están todos en manos de Dios, ¿no es cierto? Podría ser que yo dentro de poco no pudiera estar aquí, como fuera mi deseo...

Para un caso así, ¿puedo contar con que usted ha de ser para ella—digámosle así—un hermano cariñoso.

DANGEL. Señora, todo lo que valgo... todo lo que soy... mi vida entera...

ELENA. ¡No tanto! ¡No tanto! Y ahora, deme usted su mano. ¡Que Dios le bendiga, hijo mío! *(Mientras él se inclina á besarle la mano, abstraida, con la vista clavada en el suelo.)* ¡Que Dios bendiga á ambos!

DANGEL. Pero esto parece una despedida eterna, señora ¿Qué intenta usted?

ISABEL. Nada... nada grave... A ver, vaya usted á ver qué pasa ahí fuera. *(La veranda se ha quedado á obscuras. Risas.)*

DANGEL. *(Desde el umbral de la puerta.)* Se han apagado las lámparas.

ESCENA V

DICHOS. La señora ORB. La señorita GÖHRE, RÖCKNITZ, ORB, WIEDEMANN.

SEÑORA ORB. *(Con un vaso de vino en la mano.)* Nos quedamos á obscuras.

ISABEL. *(Que ha ido al encuentro de las señoras.)* ¿Se ha asustado usted, señora inspectora?

SEÑORA ORB. ¡Oh! no, de ningún modo. *(Se sienta. Con benévola superioridad.)* Para estos casos debería tenerse un farol... Pero no se puede estar en todo... Y además es usted demasiado joven...

BETTINA. *(Que se ha sentado también.)* A pesar de lo cual, yo he aprendido mucho de mi querida amiga Isabel.

SEÑORA ORB. *(Picada, pero deferente.)* Cuando lo dice usted, señora baronesa, usted, que es una tan excelente

ama de casa, sin duda que... (*En este momento, Isabel sale á la veranda en busca de la ponchera y de los vasos. Dangel la ayuda.*)

ORB. (*Con dos vasos en la mano.*) Me he tomado la libertad de traerle su vaso, señora baronesa.

BETTINA. (*Amablemente.*) ¡Muchas gracias!

ORB. Me he permitido, hace poco, presentar á su señor esposo algunos casos en que la disciplina eclesiástica limita la autoridad de los terratenientes. En el caso de pereza, de lujuria, de borrachera...

RÖCKNITZ. (*Que se ha sentado en el sillón.*) Ya que hablamos de borrachera, hágame usted el favor, encantadora Isabel de darme un vaso de ponche. (*Isabel se levanta y se dirige á la mesita de juego donde está la ponchera.*)

ISABEL. Con mucho gusto.

RÖCKNITZ. ¡Gracias! (*En voz baja.*) ¿Sí ó no?

ISABEL. (*Atropelladamente.*) ¿Ninguno de ustedes quiere otro vaso? ¿No bebe usted más, señorita Göhre?

SRTA. GÖHRE. (*Que se ríe algo turbada.*) No se realmente si...

BETTINA. (*Bondadosamente.*) Venga usted, señorita. Entre las dos nos beberemos uno. Los señores harán la vista gorda. ¿No es cierto, maestro?

WIEDEMANN. Así como así, somos todos unos pobres pecadores—perdonen ustedes—estoy hablando por mi cuenta.

ORB. Sin embargo, yo no soy ningún monstruo. El horaciano *desipere in loco* se ha escrito, en ceirto modo, para mí.

SEÑORA ORB. (*Mirando á su alrededor.*) ¡Que aseado está todo aquí! ¿no es cierto, señora baronesa? ¡Qué orden! ¡Qué gusto tan exquisito! Debe usted de sentirse aquí muy dichosa, maestra.

WIEDEMANN. (*A Isabel, que está distraida.*) ¡Isabel!

ISABEL. (*Sobresaltándose.*) ¿Qué decía usted?

BETTINA. Los felices aman el silencio. Sino, ahí está ella.

RÖCKNITZ. *(Con intención.)* Es verdaderamente una lástima que todo tenga que acabar aquí tan pronto.

WIEDEMANN. *(Sorprendido.)* ¡Röcknitz!...

ORB. ¿Por qué? Pienso que no hay nadie que tenga una posición más segura que el maestro.

BÖCKNITZ. Si es que á usted no le da la ventolera por quitársela, señor inspector.

ORB. Pero, ¿por qué?

WIEDEMANN. Ya ve usted, señor inspector, que se chancea.

RÖCKNITZ. ¿Yo? Puede... Pero, Isabel, le suplico que me dé de bever. *(Isabel se le acerca. Quiere hablarle, pero no se atreve.)*

ORB. *(Llevándose, entre tanto, aparte á Wiedemann.)* Le han alarmado á usted sus palabras. ¿Qué quiso decir con ellas?

WIEDEMANN. Realmente, no lo sé.

ORB. ¿Nos quiere usted hacer el favor de hablar con más claridad, señor barón? El asunto nos interesa en cierto modo.

RÖCKNITZ. ¿Para qué? No es preciso. Cada cual puede darle la interpretación que guste, ¿no es verdad, Isabel?

ISABEL. *(Con angustia.)* Ciertamente.

BETTINA. ¿Qué tiene mi marido?

RÖCKNITZ. Dígame usted, señor inspector—á mí me lo puede usted decir con libertad,—¿nunca ha robado usted nada? *(Todos se echan á reir.)*

ORB. *(Riendo también.)* Permítame usted...

RÖCKNITZ. Yo tampoco... Se lo juro á ustedes: yo tampoco... Suy un dechado de honradez... Cuando quiero robar algo lo robo cara á cara y pecho contra pecho... Este hermoso rasgo de carácter lo he heredado de mis antepasados... Hubo uno particularmente—un bravo caballero—que se había dado á un activo comercio en seda, brocado genovés, piedras preciosas, greda y pomada... Su tienda era casi casi lo que hoy se llama un ba-

zar... Y no era un ardite escrupuloso... Jamás se encomendaba á Dios ni al diablo para apoderarse de lo que la bondad divina hacía pasar por delante de su castillo. (*Con fiereza.*) Cara á cara y pecho centra pecho... Alabo el método... Yo hago lo mismo... ¿Qué dice usted, mi antiguo preceptor?... Hoy también se hace, hoy también. ¿Qué dice usted?

WIEDEMANN. (*Desconcertado ante su fiereza.*) Francamente, Röcknitz, yo no sé... (*Se dirige á Orb.*)

RÖCKNITZ. ¡Já! ¡já! ¡já!

ISABEL. (*Dirigiéndose á él en voz baja.*) ¡Ten piedad de mí! ¡Silencio!

RÖCKNITZ. (*Con satisfacción para sí.*) Esto marcha.

ORB. Lo que acaba usted de decir es tan incoherente... Uno podría creer... ¿Me permite usted, señor barón, que en interés de nuestro amigo formule de nuevo la pregunta? ¿Quiere usted explicarnos las enigmáticas palabras de que pronto habrá terminado todo en esta casa?

RÖCKNITZ. Pues... es... porque ya es tiempo de que nos vayamos todos á dormir... La cosa es muy sencilla (*Los otros se levantan riendo.*)

ORB. ¡Ah! vamos, se ha chanceado usted con nosotros, señor barón. (*Tendiéndole la mano en señal de despedida.*) Abrigo la esperanza de encontrarle la próxima vez que nos veamos tan bromista como ahora.

RÖCKNITZ. Con mucho gusto... Crea usted que les echamos de menos... Hace ya mucho tiempo que no han estado ustedes en nuestra casa.

ORB. ¡Ah!... Esa honra... es para nosotros tan inesperada, señor barón...

RÖCKNITZ. Lo dicho. ¡Hasta la vista! (*Se dirige al foro. Dispersión general.*)

WIEDEMANN. Isabel, voy á abrir la puerta del patio á los señores. (*A Röcknitz.*) Dispénseme usted entretanto.

ISABEL. (*Asiente con la cabeza. A Dangel que se queda indeciso en el umbral.*) ¡Buenas noches, Dangel!

DANGEL. (*Con zozobra.*) ¡Señora!...

ISABEL. ¿Qué se le ofrece á usted?...

DANGEL. (*Lleno de confusión.*) ¡Buenas noches! (*Se inclina respetuosamente y sale.*)

ESCENA VI

RÖCKNITZ, BETTINA, ISABEL.

BETTINA. Son buena gente esos Orb.

RÖCKNITZ. ¡Cá! Un atajo de chismosos.

BETTINA. Si te disgustan, ¿por qué los convidas?

RÖCKNITZ. Mira, Bettina, vete á la cama.

BETTINA. ¡Pero si no tengo sueño!

RÖCKNITZ. ¡Pronto! ¡Pronto! Da las buenas noches. Ya es hora. Yo voy enseguida.

BETTINA. ¡Buenas noches, Isabel! (*Esta se la queda mirando intensamente y la besa después con honda ternura.*)

RÖCKNITZ. Señoras, dejen ustedes la ternura para mañana. (*Bettina sale.*)

ESCENA VII

ISABEL, RÖCKNITZ.

RÖCKNITZ. Me dijiste que callara y he callado, Isabel... ¡por última vez!...

ISABEL. (*Alzando los brazos con desesperación.*) ¿Por qué me ha lanzado usted á la desesperación? No soy ninguna fiera para que así se me acorrale.

RÖCKNITZ. Antes de que él vuelva, ¡pronto! ¿Sí ó no?

ISABEL. Aunque su firme voluntad de usted sea perder-

me, yo no caigo. *(Röcknitz se sonríe levemente y con impaciencia.)* Si yo le digo á usted que...

RÖCKNITZ. Es mi firme voluntad... Ya lo he dicho... No he de hablar más...

ISABEL. ¿Y le dirá usted á mi marido lo que hoy ha pasado entre nosotros?

RÖCKNITZ. Sí. Y en el acto. Dentro de dos minutos vas á verlo...

ISABEL. *(Tras breve pausa.)* Está bien, Röcknitz... Me so... me... to...

RÖCKNITZ. *(Radiante por su triunfo.)* Desde hoy entraremos de lleno en nuestra nueva existencia. ¡Ah! mujer... ya verás.

ISABEL. ¿Y qué quiere usted dar á entender con sus frases, cara á cara y pecho contra pecho?

RÖCKNITZ. Siempre que fuera preciso. Pero en este caso, no... ¿Para qué? Y cuando él vuelva reanudaremos la interrumpida historia del arrendamiento. Todo con mucho orden. El orden se impone. Esto se sobrentiende.

ISABEL ¡Por piedad, Röcknitz! Espere usted á mañana.

RÖCKNITZ. ¿Por qué? ¿Por qué á mañana?

ISABEL. Se lo ruego á usted.

RÖCKNITZ. Bueno, bueno... Galante hasta la debilidad. *(Con repentina desconfianza.)* Pero tenlo por entendido, Isabel: cualquier cosa que hagas para escapar de mis manos no te ha de servir de nada... Ya sabré donde encontrarte...

ISABEL. Váyase usted ahora. Se lo suplico.

RÖCKNITZ. He de darle las buenas noches. ¿Dónde se ha metido?

ISABEL. Ya me encargaré yo... Mañana...

RÖCKNITZ. Todo para mañana. Bien, bien... Mañana. *(Desde el umbral con amorosa ternura.)* ¡Buenas noches!...

ESCENA VIII

ISABEL, WIEDEMANN. (ISABEL se dirige á la puerta de la derecha al encuentro de WIEDEMANN.)

WIEDEMANN. ¿Se fué á dormir Röcknitz?

ISABEL. Estaba cansado. Me dijo que le disculpara.

WIEDEMANN. No estuvo bien en mí el hacerle esperar. Pero dime, ¿cómo se le ocurrió á Röcknitz, de repente, dar un cuarto al pregonero?... Llegó á darme miedo... Parecía como si quisiera comprometernos con un *fait accompli*. No debe uno dejarse tratar así... Sería, en efecto, mejor... Nada, no digo nada... Tú eres la que debe decidir.

ISABEL. (*Con dulcura.*) Espera á mañana, Jorge.

WIEDEMANN. Lo que tú quieras, hija mía... lo que tú quieras. (*Se ríe fuertemente, como acordándose de alguna cosa.*)

ISABEL. ¿Te ríes?

WIEDEMANN. Sí, todo tiene en el mundo un lado cómico tan subido... Orb, ha sospechado algo. Verdad que es muy ladino... Pero en lugar de tomarlo á mal he crecido á sus ojos... Ya sabes cómo me trata... Pues hoy al despedirse me ha colmado de elogios... Hasta ha llegado á dejarme entrever la perspectiva de un aumento de sueldo... Podemos hasta soñar con la codicia, lo que he despreciado toda mi vida.

ISABEL. ¿Te quedas otra vez á gusto, Jorge?

WIEDEMANN. ¡Ay! Dios mío... Yo al fin y al cabo...

ISABEL. Debes quedarte, Jorge.

WIEDEMANN. No, por todo lo del mundo. (*Se sienta á la mesa de escribir.*)

ISABEL. ¿Vas á trabajar todavía, Jorge?

WIEDEMANN. Sí, quisiera... No debe uno ir á la clase sin pre-

paración previa. (*Con recóndita amargura.*) Además que eso no estaría bien en un flamante administrador... Lo demás, lo haré en la cama.

ISABEL. ¿Duermes bien en la escuela?

WIEDEMANN. Gracias. Muy bien.

ISABEL. (*Apagando la lámpara de la mesa de la izquierda.*) ¿Te irás pronto?

WIEDEMANN. Naturalmente... Sólo quiero...

ISABEL. Pues echa la llave por debajo de la puerta para que podamos abrir mañana temprano.

WIEDEMANN. Descuida. Lo haré.

ISABEL. (*Dándole la mano.*) Buenas noches, Jorge.

WIEDEMANN. ¡Cómo piensas en ello! ¡Qué pálida estás! Y lo has estado toda la tarde. ¡Dios mío! era un bien tan grande para nosotros... Parece un sueño que uno pueda llegar á estar tan bien... Y todo te lo debo á tí... (*La va á besar; Isabel retrocede.*)

WIEDEMANN. ¡Cómo! ¿No quieres darme un beso?

ISABEL. Sí, sí. (*Le toma la mano y la roza con sus labios apresuradamente.*)

WIEDEMANN. (*Lleno de sorpresa y retirando la mano.*) ¡Isabel (*Isabel sale apresuradamente.*)

ESCENA IX

WIEDEMANN, DANGEL. (WIEDEMANN ve salir á ISABEL con profunda emoción, toma luego un remero de libros bajo el brazo y va á apagar la lámpara. Se oyen en el patio sordas pisadas que cesan al llegar á la casa. WIEDEMANN escucha! Va á abrir la puerta vidriera.)

WIEDEMANN. ¿Quién anda ahí?

DANGEL. Maestro, soy yo.

WIEDEMANN. Dangel, ¿usted? ¿Qué busca usted aquí? (*Dangeentra.*) Ante todo, ¿cómo ha hecho usted para entrar en el patio?

DANGEL. He saltado la tapia, maestro.

WIEDEMANN. Dangel, eso no está bien... Cuando uno... ¿Por qué no ha llamado usted?

DANGEL. Iba á hacerlo; pero después he pensado que... Tengo que hablar con usted á solas, maestro.

WIEDEMANN. Dangel, no me engañe usted. Rosa la cocinera es una chica muy linda... Usted es joven... Por hoy se lo perdono, pero busque usted para sus citas amorosas otro sitio que no sea mi casa... Se lo ruego.

DANGEL. Maestro, me ofende usted... Es cierto que amo á una mujer de esta casa, pero esa mujer es Elena...

WIEDEMANN. Dangel... Dangel... Yo no sé si deba regocijarme ó no... porque usted pueda por una ligereza comprometer su porvenir. Y yo no quiero que mi pobre niña cause el dolor y la desesperación de nadie.

DANGEL. Maestro, mi vida está ya trazada.

WIEDEMANN. ¿De modo que sus planes de usted? ¿El que usted quiera ser maestro de ciegos? ¿Y ella lo sabe? *(Dangel dice que no con la cabeza.)* ¡Muy bien, Dangel! Es usted un hombre honrado.

DANGEL. Pero, maestro, no he venido por eso... He venido porque... Maestro, creo que en su casa de usted va á pasar una desgracia.

WIEDEMANN. ¡Dangel!... ¡Chist!... *(Va á abrir la puerta del corredor, escucha y dice después al volver al centro del escenario.)* Hable usted.

DANGEL. Elena me llamó hoy á solas y me rogó encarecidamente que vigilara á su madre... ¡Está tan cambiada!

WIEDEMANN. ¿Mi mujer? Sí, sí, tiene sus motivos.

DANGEL. Maestro, su mujer de usted se ha despedido de mí.

WIEDEMANN. ¿Despedido?... ¿De usted?... ¿Y por qué precisamente de usted?

DANGEL. Porque ella sabe, ó mejor, dicho sospecha, que yo quiero á Elena, y me ha recomendado mucho á la niña para cuando... ella... no esté aquí.

WIEDEMANN. (*Irguiéndose con un gesto mudo. Su rostro se ha hecho inalterable.*) ¿Y no dijo nada más?

DANGEL. No, pero seguí observándola y....

WIEDEMANN. ¿Qué?

DANGEL. Según lo que he podido advertir con mi poca experiencia de la vida, quiere... quiere...

WIEDEMANN. ¿Irse de aquí? ¿No es cierto?

DANGEL. Sí.

WIEDEMANN. (*Cayendo en un sillón y ocultando su rostro entre las manos*) Eso... puede... muy bien ser.

DANGEL. ¡Maestro, mi querido maestro!

WIEDEMANN. Y esta noche, ¿no es cierto?

DANGEL. Eso, quién lo sabe.

WIEDEMANN. Me quedaré aquí toda la noche en prevención de lo que pueda suceder... Por aquí tiene que pasar... ¿Se ve luz desde lejos? (*Dangel hace un ademán de no comprender.*) Quiero decir desde la casa.

DANGEL. Creo que sí, maestro.

WIEDEMANN. Cerraré mejor... Gracias, Dangel. Aquí tiene usted la llave de la puerta del patio... Puede dejarla abierta.

DANGEL. ¿No sería mejor?

WIEDEMANN. Si quiere irse debe encontrar libre el camino ¡Buenas noches, Dangel!

DANGEL. ¡Buenas noches, maestro! (*Se va.*)

ESCENA ÚLTIMA

WIEDEMANN, después ISABEL. (WIEDEMANN en cuanto ha salido DANGEL, cierra los postigos de la ventana y las hojas de la puerta vidriera, aplica el oido á la puerta del comedor, tapa el agujero de la llave con su pañuelo, después se sienta á su mesa de escribir y trata de leer; pero la gran agitación que le domina, se lo impide. Se oye un ligero ruido en la habitación vecina. Se estremece y escucha con el rostro vuelto hacia aquella parte, la puerta se abre, se oye un grito ahogado y vuelve á cerrarse.)

WIEDEMANN. ¿Quién está todavia levantado? (*Da unos cuantos pasos rápidos en dirección de la puerta.*)

ISABEL. (*Que entra llena de turbación, con un chal obscuro á la cabeza.*) Soy yo, Jorge.

WIEDEMANN. ¿Vas á salir?

ISABEL. Sí, quería llegarme hasta el río, á ver si hay peces en la tina... Los Rö·knitz no se van hasta después del almuerzo. (*Vacila, como si fuera á caerse.*)

WIEDEMANN. Siéntate, Isabel. Apenas puedes tenerte en pie.

ISABEL. (*Haciendo grandes esfuerzos para sostenerse.*) No... Es que...

WIEDEMANN. Acércate, hija mía. El día ha sido muy penoso para tí...Ya te acompañaré después. (*La lleva á un sillón en que ella se deja caer pesadamente.*)

ISABEL. ¿No querías... irte á dormir... enseguida?

WIEDEMANN. Me encontré con más trabajo del que suponía.

ISABEL. ¿Qué trabajo?

WIEDEMANN. Nada importante, Isabel.

ISABEL. ¿Que era, Jorge?

WIEDEMANN. Isabel, puesto que todo debe acabar con nosotros—y eso hace ya tiempo que lo preveía—no es preciso que te vayas de noche.

ISABEL. ¡Cómo!... ¿Tú sabes... que yo?...

WIEDEMANN. En realidad, no sé nada... No sé más que lo que le has dicho á Dangel... Pero ya que estamos hablando por la última vez, no debemos representar ninguna comedia... Yo no te detengo... La puerta está abierta de par en par, Isabel.

ISABEL. (*Se queda indecisa unos momentos; luego, tomando una resolución repentina, se levanta y va á salir.*) En ese caso... ¡Adiós!

WIEDEMANN. ¡Isabel!...

ISABEL. ¿Qué quieres, Jorge?

WIEDEMANN. Ya veo que no tienes nada que decirme... Ya lo veo... Y no podía ser de otro modo... No haces más que emprender tu verdadero camino... ¿Á dónde? Es lo que no quiero preguntarte... Tú no me diste más que dicha y amor y yo en pago destrocé tu alma.

ISABEL. No, Jorge. Tú viniste en una hora muy triste para mí y te dije que sí... En una dichosa te hubiera dicho que no... Así fué como sucedió... Lo hice con libérrima voluntad... Con la libre voluntad del que se ahoga, y se aferra con todas sus fuerzas al brazo salvador que se le tiende... Yo huía entonces del mismo hombre de quien ahora huyo...

WIEDEMANN. (*Tartamudeando.*) No... te entiendo...

ISABEL. (*Sencillamente, sin ningún gesto.*) Del que duerme allá arriba.

WIEDEMANN. (*Con subida explosión de ira.*) ¡Isabel! (*Dominándose enseguida. Casi afónico.*) ¿Has sido su amante?

ISABEL. No estaría aquí.

WIEDEMANN. Sin embargo, Isabel, creo que esta casa es el mejor refugio que puede haber para tí sobre la tierra.

ISABEL. Lo era, Jorge... Lo ha sido hasta hoy... Pero tu casa no ha sabido guardarme, ó mejor dicho, tie-

nos el derecho de decir que yo no he sabido guardarla... Me he arrojado á su cuello en tu casa misma. (*Wiedemann va á arrojarse sobre ella, pero se contiene y se desploma como extenuado en un sillón. Isabel tras breve silencio.*) Yo no he buscado esta conversación, Jorge... No quería verte sufrir... Al contrario... Más caro no se puede pagar el silencio... Mañana hubieras encontrado mi cuerpo sin vida.

WIEDEMANN. Isabel, vuelve en tí... ¿Que tienes?... ¡Ah, bendita sea la hora en que aquí me quedé! ¡Bendita, bendita sea!

ISABEL. No la bendigas. No tenemos motivos para ello. Si Dios nos hubiese hecho duros ó egoistas, entonces nos hubiésemos separado fácilmente... Nos hubiésemos echado al rostro todas las reconvenciones, todos los ultrajes que se nos hubieran ocurrido y luego, tu puerta se habría cerrado tras mí para siempre... Así se separan muchos matrimonios... Pero nosotros, ¡ay! mi Jorge querido, nunca se cruzaron entre nosotros palabras ofensivas... No tuviste para mí más que amor y respeto... Estábamos destinados á ser felices, y de no haberlo sido nos lamentamos, ahora.

WIEDEMANN. ¿Y me culpas á mí, hija mía?

ISABEL. ¡Ah! has hablado ligeramente... Tu juventud había pasado, pero la mía no... Mi sangre hablaba y mis nervios tambtén... (*Aproximándose á él en voz baja.*) Vienen las noches de invierno en que las lámparas se hielan, y las noches de estío en que los lilos florecen á la puerta, y ¡ay! Jorje una se dice: «Allí fuera está el mundo, la vida, la felicidad, pero tú estás aqui sentada, haciendo media...

WIEDEMANN. Quizá sea preciso pasar por todo eso antes de escoger unosu destino; quizás en cada alma haya

un abismo semejante, repleto de esperanzas y deseos.

ISABEL. Pero todo lo que yo esperaba y deseaba iba siempre á parar á aquel hombre que duerme allá arriba... Era locura, locura grande, pero ¡ay! precisamente por eso me aferraba yo á ella con todas las fuerzas de mi corazón... ¡Ah! yo no sé cómo estas cosas concuerdan... Yo no te he engañado, Jorge... te he amado á tí y á todos los tuyos con toda mi alma, me he acostumbrado á á comer vuestro pan... Y sin embargo, á pesar de haber vivido hasta hoy entre vosotros, no he podido vencer este impulso... Ahora, échame si quieres...

WIEDEMANN. (*Tras una breve pausa, lleno de agitación interior, pero exteriormente sereno.*) Eres la dueña de esta casa... Veto ó quédate, como gustes.

ISABEL. Dime á lo menos una palabra dura... Tanta bondad... Esto no lo sufre ningún hombre...

WIEDEMANN. ¿A dónde quieres ir? ¿Tienes algún proyecto? (*Isabel dice que no con la cabeza.*) ¿Qué exige él de tí?

ISABEL. ¿No lo has tramado tú mismo con él? (*Wiedemann, al oir estas palabras, se estremece.*) ¡Ah! ahora sí que le conozco... Ahora comprendo á quién le había dado lo mejor de mi alma... Tranquilízate, Jorge, él no nos hubiera comprado. (*Con sonrisa dolorosa.*) ¡Dios sabe que no!

WIEDEMANN. ¿Fué por eso, Isabel, por lo que esta noche?...

ISABEL. Esta noche ú otra... Estoy demasiado cansada para empezar de nuevo... Siempre que una quiera, el camino está expedito.

WIEDEMANN. (*Tras breve pausa.*) ¡Isabel!

ISABEL. ¿Qué quieres, Jorge?

WIEDEMANN. ¿Quieres quedarte con nosotros?

ISABEL. ¡Jorge!

WIEDEMANN. ¿Quieres quedarte con nosotros?

ISABEL. ¿Cómo quieres, Jorge, que me quede á vivir entre vosotros con esta mancha en el alma? ¿Cómo voy á atreverme á mirarte cara á cara? ¿Dónde encontrar un poco de orgullo cuando un reproche me humille? No puede ser, eso tú mismo lo ves. Y no debes permitirlo.

WIEDEMANN. ¡Ah! Yo... ¿Qué supongo?... ¿Pero y los niños? ¿Y la pobre Elena?

ISABEL. ¡Por Dios, no me recuerdes á Elena! No hagas aún más doloroso mi sacrificio.

WIEDEMANN. Ya que hablaste de una mancha, Isabel, y dices que eso te envilece á mis ojos, yo también quiero confesarte una sospecha... una... algo que siempre te oculté cuidadosamente en lo más hondo de mi alma... Cuando aquella noche te encontré llorando sin consuelo en el jardín del palacio, creí que habías sido abandonada por un hombre de tu clase... creí que eras una pobre víctima... Por eso te dije que yo te había robado... Pero, ¿á pesar de lo mucho que yo sufría en mi interior, te lo hice nunca sentir? ¿Crees todavía no poderme mirar cara á cara?

ISABEL. ¡Jorge! ¡Jorge! (*Apoya la cabeza en sus hombros.*)

WIEDEMANN. (*Acariciándola los cabellos*) Es cierto que no puedo hacer que vuelvan mis años juveniles... Pero los tuyos también se irán yendo lentamente.. los deseos se irán aquietando poco á poco... se irán durmiendo todos los apetitos, y quizás aún podamos ser dichosos en nuestro viejo rincón. (*Isabel asiente varias veces con la cabeza á las palabras de Jorge, el rostro bañado de lágrimas.*)

WIEDEMANN. Ahora vete á dormir, hija mía... Vete á dormir tranquila... Mañana nuestra casa estará purificada... De eso yo me encargo... Isabel, ¿por qué me miras de ese modo?

ISABEL. Me parece que hoy te veo por la primera vez.

TELÓN

Obras de Ricardo J. Catarineu

Poesía

Versos (Agotada.)
Flechazos (ídem.)
Tres noches poema (ídem.)
Giraldillas, con prólogo de Clarín.
Los Forzudos, con un dibujo de Vicente Cutanda.

Teatro

Los Fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa. Teatro Lara, Madrid. (En colaboración.)
La Romería, zarzuela. Teatro Campoamor, Oviedo. (En colaboración.)
La Huelga de los herreros, monólogo de Copée; traducción en verso. Teatro de la Comedia, Madrid.
Venalidad, drama en un acto y en prosa. Teatro de la Princesa, Madrid.
Tempestad en la sombra, tragedia de Nani, traducción. Teatro de Novedades, Barcelona. (En colaboración.)
El Caminante, idilio de Copée, traducción en verso.

En prensa

Los pilluelos de la playa, poema.

Obras de José Pablo Rivas

Los niños abandonados, poema leído en el Ateneo de Madrid (Agotada.)

Cada oveja... novela (ídem.)

Cuba, versos (ídem.)

Justicia humana, cuadro dramático, en verso y en un acto, estrenado en el Teatro Romea de Barcelona (ídem.)

No hay bien donde no hay amor, comedia en un acto y en verso, estrenada en el Teatro Principal de Barcelona.

La ranchera del Jamapa (Historia de amor veracruzana), poema.

El Rincón de la dicha, en tres actos y en prosa, estrenada en el Teatro de la Princesa de Madrid. Traducción con Ricardo J. Catarineu.

En preparación

Los cantos de la Aurora, poesías.

La Ida, poema.

La sentencia de un Jurado, novela.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la Sociedad de Autores Españoles.